

**WILLY FORST  
FRUDE VON MOLS**



# **EL ROBO DE LA MONNA LISA (LA GIOCONDA)**



**EDICIONES  
BISTAGNE**

2

EL ROBO DE LA MONNA LISA  
(LA GIOCONDA)

NC-007-255

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

## El robo de la Monna Lisa (La Gioconda)

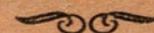
Originalísimo asunto, de extraordinario éxito por el interés de su trama  
y su magnífica interpretación

Manuscrito de WALTER REISCH

Régisseur GEZA VON BOLVARY

Composición y dirección musical ROBERT STOLZ

Producción de la  
**SUPERFILMVERLEICH A. G. - Berlín**



Exclusiva de E. HUET

Paseo de Gracia, 66  
BARCELONA

IMPRENTA INDUSTRIAL - ARIAU, 135 - TELÉF. 76507 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

## Reparto

Vincenzo Peruggia . . . . .	Willy Forst
Matilde . . . . .	Trude von Molo
El desconocido . . . . .	Gustav Gruendgens
El Director del Louvre . . . . .	Fritz Odemar
El inspector general . . . . .	Max Guelstorff
El juez instructor . . . . .	Roda Roda
El teniente de policía . . . . .	Paul Kemp
El viajante . . . . .	Anton Pointner

## Además, toman parte:

Rosa Valletti, Alexander Granach, Fritz Gruenbaum, Fritz Alberti, Paul Wagner, Fritz Greiner, Paul Vincenti, Ernst Reicher, Hugo Doeblin, Angelo Ferrari, Hubert von Meyerinck, Bruno Ziener, Teddy Bill, Elfriede Jerra, Molino von Kluck, Lillian Ellis, Hermine Sterler, Ferdinand von Alten, Max Linder.

Caricatura y dibujos de BÉLA SZEPEΣ

# El robo de la Monna Lisa (LA GIOCONDA)

## ARGUMENTO DE LA PELICULA

### I

—Señores. He aquí a la Gioconda.

Y el índice del cicerone señala a la bella madonna que en su sonrisa dulce y a un mismo tiempo enigmática, parece burlarse o compadecerse de la bobalicona admiración que el tropel de turistas le demuestra o, mejor dicho, se esfuerza en demostrarle.

¿Cuántas veces habrá presenciado Mona Lisa desde la eterna e inmutable atalaya de su retrato famoso esta misma escena y cuántas veces habrá oído recitar a un cicerone la misma monótona cantilena?

—Es la obra maestra de Leonar-

do de Vinci—prosigue el guía—y en realidad el cuadro más famoso del mundo...

El orador hace una pausa intencionada para que los visitantes puedan exteriorizar su estupefacción con un ¡oooh! prolongado.

Y luego continúa, satisfecho del efecto que en el auditorio han producido sus palabras, y con un aire de superioridad que parece darle su intimidad con la Gioconda, a la que trata con la confianza de una vieja amiga:

—Tiene Mona Lisa—su retrato, no ella, naturalmente—, la friolera de cuatrocientos seis años. Y, sin

embargo, véanla qué fresca y rozante se conserva. Claro que la dirección del museo del Louvre es la primera interesada en que su efígie no sufra deterioro alguno con el transcurso de los años, y a este efecto, la trata con igual mimo que un enamorado a su amada. Y así, Gioconda duplicará el número de siglos que cuenta de existencia gracias a los desvelos de los eruditos de la pintura, que tienen a su cargo su conservación y que, después de los centenares de años transcurridos desde su muerte, la siguen amando en este recuerdo plástico que a la posteridad legó el genio de aquel hombre singular que se llamó Leonardo de Vinci, con la misma pasión con que éste la amó en vida...

Había llegado el cicerone al punto culminante de su discurso; el que más interés despertaba siempre en el ánimo de sus oyentes. Una historia de amor entre seres excepcionales como lo fueron el pintor florentino y su hermosa modelo, es un acicate seguro que acucia a la humana curiosidad; las miradas de todos los presentes dirigiéronse hacia la del informador como signos vivos de interrogación. Y la deliciosa anécdota les fué narrada por éste escuetamente, en cuatro palabras,

para pasar en seguida en su peroración a resaltar el mérito más destacado de la obra de Leonardo: la sonrisa de la Gioconda, aquella sonrisa mágica, inescrutable, en cuyo misterio han intentado profundizar todos los críticos y entendidos en el arte pictórico que han sido desde que el de Florencia pintó su obra inmortal hasta nuestros días.

¿Qué arcano encierra la sonrisa de Gioconda?

¿Es acaso una sonrisa de bondad?

¿Lo es por ventura de compasión?

¿Qué sentimientos delatan aquellos labios finos, alargados, fruncirios en tan extraña mueca? ¿Ironía? ¿Regocijo? ¿Decepción?

¡Pobre Leonardo, cómo debió sufrir mientras copiaba aquel rictus de la boca de su modelo! ¿Conocería él tal vez su significado?

De no ser así, ¡qué de encontradas sensaciones e inquietudes atormentarían su alma durante la larga temporada que, por su propia voluntad, duró la realización del retrato de su amada!

Unas veces su sonrisa indescifrable pareceríale que le compadecía en su locura amorosa, otras veces creería ver en ella un gesto de burla punzante hacia su arte por su im-

potencia en reproducirla con exactitud.

Habría momentos en que el artista juraría era una muestra de desprecio la que hiciera unos instantes, interpretada como promesa de cariño, para juzgarla momentos después como un sarcasmo por su timidez que no se atrevía a declararle abiertamente su pasión...

¡Ah, la sonrisa de Gioconda, eterna e inmutable, de qué modo debiste torturar el espíritu de tu propio creador con tu impenetrable significado!

¡Y cómo seguirás torturando por los siglos de los siglos a todo aquel que tenga la dicha de verte en el quieto ambiente del Museo del Louvre, tu ilustre morada!..

## II

Una seria preocupación, que bien pudiera llegar a tomar proporciones de conflicto, aflige al director del Louvre.

Se trata de algo que, aun cuando de momento no tiene importancia en sí, puede llegar el día en que el Arte, de cuya religión es él celoso ministro, tenga que sentir una desgracia irreparable, y por esto mismo el señor director, consciente de su doble calidad de funcionario y de mantenedor del fuego sagrado del culto artístico que profesa, desea poner de su parte todos los medios a su alcance para que, por lo que a él atañe, no le quepa culpa alguna en el luctuoso hecho cuando éste llegue a producirse. Que por

cierto va para largo, según reconoce. Más él es hombre que profesa la máxima que dice "Más vale prevenir que curar", y a ella se atiene.

En consecuencia dicta en su despacho—vieja oficina de un arcaico sabor, como corresponde a la institución de la cual es una dependencia — las órdenes pertinentes para atajar el mal en sus principios.

—Anote usted—dice a su secretario—lo que le iré diciendo.

El secretario, una antigua galla más de las muchas que conserva el museo, es un tipejo desmedrado, de escasa, pero revuelta pelambreña y ojillos de ratón que se guarecen

tras unos lentes de gruesos cristales.

Encaramado en un alto taburete que le permite cegar al pupitre donde realiza su cotidiano trabajo, tiene como engarfiada entre los dedos una pluma con la que se dispone a escribir en un grueso volumen lo que su jefe váyale dictando.

—Esta Dirección... — comienza a decir el señor director, en tanto que, retrepado en su sillón, jueguea con los objetos que hay sobre su mesa.

Y como un eco, repite el secretario, silabeando, mientras escribe:

—Es-ta di-rec-ción...

—Ha podido observar que... — prosigue el director.

—Ha po-di-do ob-ser... var que... —murmura el subordinado.

Y siempre seguido de este monótono mosconeo, el alto empleado del Museo del Louvre continúa diciendo:

—...que algunas pinturas del Renacimiento de las que se conservan en esta ilustre casa, a consecuencia del continuo cambio de temperatura han experimentado en su colorido algunas alteraciones, en el sentido de tornarse éste más oscuro con el transcurso de los años, lo cual resta méritos y atractivos a las

mencionadas pinturas. Por este motivo, la Dirección ha decidido conservar bajo cristal los cuadros que ostentan los siguientes números en el catálogo: 1.717, 453 y 1.601.

Detúvose el director y se puso a buscar afanosamente entre un montón de papelotes, del cual extrajo al fin una carta que repasó, y con ella en la mano preguntó al secretario:

—¿Por dónde íbamos?

—Huuuum... que ostentan los siguientes números: 1.717, 453 y 1.601—reygó el secretario.

—¡Ah, sí! Bueno, pues ponga ahora punto y aparte. “Vistas las diferentes ofertas que se han presentado al concurso para la colocación de dichos cristales, resulta la más ventajosa la que hace la casa... Compelle, sita en el número 89 de la Rue Saint Honoré, por lo que la Dirección ha dispuesto le sea adjudicada tal contrata.”

Carraspeó y ordenó al secretario:

—Ahora ponga usted la fecha y en seguida escriba a la casa Compelle para que sin ninguna dilación vengan a poner esos cristales, ¿entiende?

—Sí, señor—respondió el secre-

tario a tiempo que trazaba un largo garabato sobre el papel, con lo

que quedaba indicado que ya había terminado la escritura del informe.

### III

En la Rue Saint Honoré, calle estrecha y pintoresca del viejo París, hallábase enclavado el establecimiento de fontanería y cristalería de la viuda Compelle.

Era ésta una mujer joven todavía y de buen ver, que con su cuerpo esbelto y metido en carnes, traía vuelto loco a más de un vecino de aquel barrio.

Pero ella, que coqueteaba con todos, sólo por uno “bebía los vientos”, como suele decirse.

Este hombre era el italiano Vincenzo Peruggia, oficial cristalero empleado en su casa.

Cheminade y Bragell, los dos compañeros de Peruggia, solían gastarle a éste con frecuencia bromas respecto a la preferencia que por él demostraba la patrona, bromas que Vincenzo soportaba con alegre buen humor unas veces y que otras le molestaban poderosamente.

—Está por ti como el café, coladita—decíale Cheminade.

—Por mí? Me parece que es-

tás algo mal de la vista, compañero—respondía Vincenzo.

—Vamos, anda. ¡Como que la socia no lo demuestra!

—Pues por mi parte que demuestre todo lo que quiera, que yo no me peino para ella.

—Pero ella para ti sí.

—Pues que se despeine.

—Caprichoso! ¿Qué es lo que quieras tú para ti, rey de tu casa? ¡La Venus de Médicis!

—No quiero ninguna Venus, pero lo que os digo es que la patrona no me hace tilín.

—Decididamente, *fancinillo*, tú eres tonto de remate. A buena hora desperdicio yo un bocado como la patrona si éste se me ofreciera con la insistencia con que a ti se te ofrece.

—Es que no debe ser su tipo, Cheminade.

—Tú lo has dicho, Bragell—respondió Peruggia sonriendo—, la patrona no constituye para mí el

ideal femenino que yo me he fijado.

—¡Hola, hola! ¿Conque hasta te permites el lujo de imaginarte una mujer ideal? ¡Cuando yo digo que tú acabarás mochales!...

Peruggia se encogió de hombros y sonrió de nuevo.

Sobradamente sabía el concepto que de él tenían formado sus amigos.

Siempre le habían tomado por un loco, por un iluso, porque en su cerebro daba cabida a las más románticas y disparatadas fantasías de amores, de ambiciones y de aventuras.

¡Ah, las cosas que hubiese sido él capaz de realizar si contase con el acicate de una ilusión que le diera la energía de que carecía ahora para intentar ninguna arriesgada empresa!...

Toda su juventud se consumía en la busca de ese ideal soñado que quizás nunca llegaría a cuajar en realidad.

¿Cómo era la mujer que su fantasía había creado?

Ni él mismo lo sabía.

En sus románticos delirios veía una figura femenina abstracta, vaporosa, que no lograba llegar a corporeizarse. Una mujer bellísima cuyos rasgos jamás pudo precisar. De

su rostro sólo sabía que tenía en él una sonrisa perenne que era la que lo esclavizaba y atraía, y la que conseguía que él no hallase otra mujer digna de su amor más que ella. Todas las demás le tenían sin cuidado.

A la viuda Compelle la desdénaba más que a ninguna.

Pero he aquí que precisamente este desdén obraba en ella un efecto contraproducente, ya que no ignorando lo difícil que leería conseguir su amor, lo deseaba con mayor intensidad, con esa irresistible atracción que ejerce siempre en nuestro ánimo la cosa prohibida.

Con sus coqueterías y sus desgarros de mujer criada en el ambiente de los barrios bajos parisienses, pretendía la Compelle rendir aquella fortaleza que parecía inexpugnable.

Todos los recursos de que es capaz la mujer enamorada para rendir el corazón de su amado, púsolos ella en juego.

Tenía condescendencias con Vincenzo, que no hubiera tenido con nadie.

Era el joven italiano de carácter indolente, más amante de la vida contemplativa que del trabajo.

Abusando del favor con que le distinguía su patrona, pasábese las

horas enteras entregado a la lectura, su pasión favorita, mientras la tarea iba atrasando.

Lo peor era que su ejemplo cundía en los compañeros, los cuales procuraban imitarlo en cuanto era posible, ya que llegar al grado de despreocupación de Peruggia, hubiese sido el colmo.

Aquella imposible pasión que en su corazón había concebido la patrona, iba a resultarle a ésta materialmente cara.

De nada servía que prodigase sus amonestaciones a los otros dos operarios de su casa, pues en realidad carecía de fuerza moral para imponerles su autoridad, después de la blandura empleada con Vincenzo.

Una tarde recibió una carta del Louvre en respuesta a su oferta en la que se le comunicaba que ésta había sido aceptada y que, por lo tanto, era conveniente que con la mayor urgencia se procediese a la colocación de los cristales en los cuadros que se le detallaban.

Se le indicaba que la hora más apropiada era por la mañana, antes de la apertura del museo, de modo que la viuda Compelle esperó a la mañana siguiente, y a poco de entrar los tres operarios, los llamó desde la tienda:

—Cheminade, Bragell, Peruggia...

Por el orden nombrado aparecieron solamente los dos primeros.

—Tenéis que presentaros en el Louvre al inspector general de la Galería Italiana. ¿Comprendéis?

—Sí, señora — respondió Cheminade. Y agregó: —Qué tenemos que hacer allí?

—Habéis de colocar unos cristales en los cuadros que os indicará el inspector.

—Está bien.

—¿Dónde está Peruggia? —preguntó la Compelle, no sin delatar una cierta emoción al pronunciar el nombre del italiano, la cual no pasó inadvertida para los dos operarios.

Estos hicieron entre sí un signo de inteligencia y se encogieron de hombros a la pregunta de ella.

Dióse cuenta la viuda de las risitas que cambiaban los dos obreros, y no dispuesta a tolerar la burla que éstas significaban para su dignidad, se asomó a la puerta del taller con ánimo de reñir al causante indirecto de aquella.

Mas apenas vió a Peruggia, su furor tornóse en dulzura, y claudicante, ordenó a Cheminade y Bragell:

—Está bien. Id vosotros, que

Peruggia os seguirá inmediatamente.

Cuando ambos compañeros abandonaron el establecimiento, la impedimenta de sus utensilios de trabajo al hombro, la joven viuda requirió un espejo y en unos segundos se retocó el rostro hábilmente.

Por la puerta del taller penetraba en la tienda un rayo de sol que iba a quebrarse en el espejillo, y al refractar éste la luz solar fué a dar en el interior del pequeño taller.

Dándose cuenta la Compelle de este nimio detalle, sonrió, y gozosa se entretuvo en recorrer la reducida estancia con el pequeño paralelogramo de luz hasta que éste tropezó con el cuerpo de Vincenzo Peruggia, quien hallábase tendido boca abajo, abstraído en la lectura de un libro.

Poco a poco el minúsculo reflejor fué subiendo hasta llegar a la cara del joven.

Este, al sentir el molesto cabrioleo del espejito en sus ojos, miró con ira al lugar de donde éste provenía, y al descubrir a su patrona que le sonreía dichosa, hizo un gesto de desagrado.

Con malhumorada resignación cerró el libro que leía.

“¡Qué maldita ocurrencia ha te-

nido esta buena señora!”, debió pensar Vincenzo.

Ahí era nada la lectura que la Compelle venía a interrumpirle: la crónica de las campañas de Napoleón en Italia.

¡De Napoleón! ¡De su mayor enemigo!

Porque Vincenzo Peruggia y el “ogro de Córcega”, como él le llamaba, eran enemigos irreconciliables.

Así, como suena: enemigos.

Vincenzo no podía perdonar a Napoleón las fechorías cometidas por él y sus tropas durante la ocupación de la península itálica.

¡Ah, si el emperador hubiese vivido en la época presente, cómo se las hubiera tenido que ver con él!

Desgraciadamente, ya hacía un siglo que el ambicioso militarote hallábase fuera del mundo de los vivos, y el bueno de Vincenzo había de contentarse con profesarse un odio mortal, a él y a todos los actos que verificó en esta vida.

Púsose en pie indolentemente, y con la mirada inquirió de su ama qué cosa se le ofrecía.

—Cheminade y Bragell ya están camino del Louvre — dijo ella, por decir algo y disimular de este modo su turbación.

Peruggia no se dignó replicar una palabra siquiera.

Resueltamente se encasquetó la gorra y se echó a la espalda el artilugio de transportar los cristales, cargado con varios de éstos.

Iba del mismo modo a abandonar el taller, mas en la puerta se le interpuso ella, que le presentaba incitante un cigarrillo en la punta de los labios. Su gesto era como un ofrecimiento tácito de su boca para que de ella arrancara Vincenzo el importuno cigarrillo y estampase un beso, el anhelado primer beso que marcase el comienzo de su idilio.

Pero Vincenzo no quiso entender la estratagema. Quedóse mirando impertinentemente a la Compelle, como solicitando paso con la mirada; y como ella permaneciera impertérrita presentándole el cigarrillo en su rojo hociquito, Peruggia tuvo que decirle:

—¿Me hace usted el favor de dejarme pasar? Voy a llegar tarde al Louvre.

Ella le contuvo.

—¡Oh, no tengas prisa! Es temprano todavía.

Y al ver que Vincenzo intentaba pasar a toda costa, pidió, para retenerlo un poco más:

—Dame lumbre.

Sacó cerillas el muchacho y aplicó la llamita de una a la punta del cigarrillo.

—Gracias — musitó la joven viuda.

—No hay de qué — respondió él, secamente, adelantando un paso.

Ella, voluptuosa, se quitó el cigarrillo de la boca y se lo ofreció a sus labios.

—Muchas gracias. No fumo — replicó Vincenzo, y sin más contemplaciones salió a la calle.

Y no bien hubo ganado el portal, extrajo de un bolsillo del pantalón un paquete de cigarrillos. Encendió uno, y saboreándolo a placer encaminóse alegramente al Museo del Louvre.

#### IV

Era el inspector general de la Galería Italiana un simpático an-

ciano, amigo antiguo de Peruggia, quien conocíalo de la modesta cer-

verería a la que habitualmente concurrían ambos.

Tenía el buen viejo un solo orgullo: el de ser un fiel cumplidor de su deber, y una sola pasión: el ajedrez. Sólo por ésta sería capaz de olvidar aquél.

Allí estaba, en su puesto de combate, cuando Peruggia llegó.

—¡Hola! — exclamó al ver al joven. — ¿Qué le trae a usted por aquí?

—Vengo a colocar unos cristales a estos cuadros.

Y Peruggia mostró los números de los cuadros que había que dotar de cristal.

El inspector indicóle cuál era el que le correspondía a él acondicionar. Y lo dejó solo, pues había de vigilar el trabajo de la brigada de limpieza, que ya casi terminaba su cometido.

A aquellas horas el Louvre presentaba un extraño aspecto.

Por todas partes veíanse cubos, escobas y cepillos.

Las más célebres esculturas lucían a lo mejor adornos que sus autores jamás pensaran colocarles.

Así, por ejemplo, un Apolo ostentaba con mucha dignidad sobre uno de sus hombros unos zorros, al igual que cualquier aprendiz de tienda de ultramarinos; aquella

Diana sostenía en su diestra una paleta de mimbre, para sacudir alfombras, tal que si se hallase dispuesta para celebrar un torneo de tennis mitológico. Había Venus que se cubría la cabeza con un trapo sucio, y un Hércules manejando una barredera mecánica.

Peruggia apenas reparó en toda esta suerte de cómicos detalles ni en la febril actividad que desplegaban hombres y mujeres rivalizando en dejar como un espejo el pavimento y en que no quedase ni un grano de polvo en las molduras de los cuadros y en los zócalos de las paredes.

Deseoso de terminar cuanto antes su tarea, descolgó el cuadro, y sin mirarlo siquiera lo volvió del revés y tomó la medida del bastidor.

Al ir a ponerlo de nuevo en su sitio, mientras cortaba el cristal, reparó en la figura que en él había pintada.

Y se halló ante una dama bellísima que le sonreía... ¡le sonreía con aquella sonrisa enigmática con que en sus locas cerebraciones de romántico le sonreía la mujer que su fantasía había forjado y en la que él había radicado su ideal!

Y la figura incorpórea adquirió forma de repente en esta otra cria-

tura, por desgracia tan irreal como aquélla...

Su ojos no se apartaban ni un segundo de la hermosa imagen de la desconocida.

Con la mirada parecía querer infundirle vida a la mujer de aquel lienzo, maravillosamente pintado.

¿Cuánto tiempo hubiera permanecido así, contemplándola, prendido en el hechizo de su sonrisa imponderable?

Quizá una eternidad de no haberse dado cuenta de su ensimismanamiento unas alegres muchachas de las que hallábanse limpiando la galería, las cuales comenzaron a burlarse de él, burlas que al principio pasaron inadvertidas para Peruggia, pero que al tomar incremento lograron sacarlo del voluptuoso marrasmo en que tan inopinadamente había sumido.

—¡Chico, chico! — le gritó desde lo alto de una escalera una rubia encantadora, en cuya carita había un gesto de graciosa picardía. —No te enamores de la Gioconda, no te vaya a pasar lo que a aquel joven abate, que acabó suicidándose porque se había prendado con pasión de ella.

Un raudal de alegres carcajadas coreó las palabras de la muchacha.

—Ten cuidado con su sonrisa,

que te puede volver loco — le advirtió otra, en el mismo tono de mofa.

Vincenzo bajó la cabeza, confuso. Le avergonzaba que le hubiesen podido sorprender en aquel éxtasis inexplicable.

Aceleradamente cortó el cristal a la medida proporcionada al cuadro y lo colocó en éste.

Con un trapo frotó la delgada lámina transparente, y para que ésta quedase más bruñida, echábale el vaho de su aliento.

Por toda la superficie del cuadro fué realizando la misma operación. Y al llegar junto a la boca de la dama del retrato, sintió como un vértigo dulcísimo que le arrastraba a besar aquellos labios frunciados en tan misteriosa sonrisa.

Pero el temor a correr un nuevo ridículo le hizo apartar la cara del cuadro.

Entonces se dió cuenta de que habíanle dejado solo. La tropa de alegres muchachas se perdía con todo el cúmulo de chirimbolos para la limpieza, en un extremo de la larga galería.

Y sin poderse contener un segundo más, comenzó a besar locamente, desenfrenadamente, la boca de aquella hembra de la impenetrable sonrisa.

## V

Perseguido por la obsesión de la dama del cuadro, aquel día Peruggia no hizo nada a derechas.

Se equivocaba en el trabajo con frecuencia y rompió más cristales que en todo el tiempo que llevaba ejerciendo su oficio había roto.

Un extraño nerviosismo habíase apoderado de él, y vino a agravar aún más su estado la tenacidad con que la viuda le acorralaba con sus provocativas insinuaciones.

Con cualquier pretexto la Compelle entraba en el taller y en honor de Vincenzo derrochaba todo el caudal de su coquetería para atraérselo, para rendirlo.

Mas al muchacho los ardides de su patrona sólo repulsión le causaban; y desesperado, lleno de irritación, cogió la gorra y abandonó el taller a media jornada.

Sin rumbo fijo anduvo por la ciudad.

De su mente no se apartaba el recuerdo de la hermosa hembra del cuadro del Louvre.

¡Si él pudiera hallar una mujer así, que supiera sonreír como aqué-

lla!... Entonces sí que sería capaz de conquistar el mundo, sólo para ofrecérselo a sus pies.

¿Pero dónde encontrarla?

¿Habría en el mundo una criatura que pudiera recordarle vagamente siquiera a Mona Lisa?...

Deambulando por los muelles del Sena fué a parar a la típica y permanente feria de libros viejos de la orilla del río.

Y allí tuvo una grata sorpresa. En uno de los puestos destapados y pobres, irradiando su belleza sobre toda la fealdad de los libros sucios y desvencijados, que exhibían la miseria de sus hojas maltrechas y descoloridas por la acción del sol y del tiempo, había unas reproducciones oleográficas de la Gioconda.

Vincenzo quedóse contemplando a la turbadora belleza buen espacio de tiempo.

“¡Si no fueran muy caras las tales reproducciones!”, pensó.

Pero se mantuvo indeciso, creyendo que aquellas láminas hallaríanse muy lejos de poder ser al-

canzadas por él, a causa del elevado precio que deberían tener.

Al fin se decidió a preguntar a la mujeruca encargada de la barra, y su estupor y su alegría no tuvieron límites al enterarse de que por muy pocas monedas podía ser dueño de cualquiera de aquellas cartulinas.

Y echándose mano al bolsillo adquirió la mayor de ellas; la que tenía exactamente el mismo tamaño que la obra famosa de Leonardo.

Con la misma alegría del niño que ve conseguido un capricho, corrió a su casa para saborear el placer de contemplar a solas, en la quietud de su cuarto, la efigie de aquella mujer en la que habían cristalizado sus fantasías sentimentales.

Apenas llegó a su mísera buhardilla, quitó el marco a un viejo cuadro que tenía colgado sobre la cama y encajó en aquél la reproducción de la Gioconda.

Y vuelto a poner en su sitio el marco con su nuevo contenido, Peruggia se sentó al borde de la cama y se sumió en una honda veneración hacia la hermosa florentina.

Después cogió el pequeño laúd con que distraía sus ocios, y en honor de Mona Lisa comenzó a tocar una alegre canción en boga.

De pronto una dulce voz femeni-

na, que procedía del exterior, dejó oír el estribillo de la canción, siguiendo el compás del instrumento.

Su canto decía así:

*¡Pobre caballo del regimiento!*

*¿Qué sabes tú del amor,  
si nunca has gustado un beso  
de unos labios en flor?*

*Para eso es necesario  
que nos hallemos los dos  
solos en medio del campo  
cantando a la luz del sol.*

*Las fortalezas se rinden  
si las atacan con tiento.*

*¡Y yo soy una fortaleza!*

*¡Pobre caballo del regimiento!*

Peruggia sonrió.

La voz que cantaba le daba un gracioso matiz de ingenua picardía a la canción.

Debió ser una mujer joven, a juzgar por la frescura de su voz, la que de tal modo acompañaba la inocente serenata del muchacho a su adorada Mona Lisa.

Peruggia entró en ganas de conocerla.

Por la claridad con que sonaba la canción, la cantante debía hallarse asomada a alguna ventana de la vecindad.

Confiado en esto, Vincenzo abrió su balcón para descubrirla.

Y no bien se asomó al exterior, experimentó un tan extraordinario estupor, que un grito quedó ahogado en su garganta.

Frente a él, recortándose su figura en el vano de una ventana, hallábase la propia Mona Lisa, en la misma pose del cuadro inmortal, pero hecha carne por no sabíase qué ignorado prodigo.

Sí, era ella, no cabía duda alguna.

Sus ojos eran aquellos ojos lánguidos y hermosos que el brujo pincel de Leonardo supo copiar para su inmortalidad, y, sobre todo, su sonrisa era la misma sonrisa hechicera y enigmática que sólo la Gioconda poseía.

¿Fué todo ello realidad o sólo una fascinación producida por aquel estado de hiperestesia en que durante todo el día habíase hallado?

¡No, no! La mujer existía ciertamente. Y aun cuando no fuese en verdad la Gioconda, su belleza no desdecía en absoluto de la de ésta.

Tratábese de una muchacha bellísima, de correctas facciones y de dulcísima sonrisa.

Todo en ella delataba una distinción extraordinaria que desentonaba con el marco de la miseria

buhardilla en que se le había aparecido al soñador Peruggia.

¿Por qué causa aquella criatura tan hermosa hallábase en aquel lugar tan poco apropiado para ella, que debía ser una mujer de acomodada posición?

Poco tiempo pudo saborear el joven italiano el placer de contemplar a la linda muchacha, pues ésta, luego de sacudir un paño en la ventana, cerró los postigos de ésta, hurtándole la hechicera visión de su belleza inigualable.

Al reintegrarse al interior de su cuarto, hallóse Peruggia a la patrona de su vivienda, una mujer vieja que, a pesar de su cara de pocos amigos, tenía un buen fondo y apreciaba bastante al muchacho, la cual, desde el umbral de la puerta, le sonreía con ironía:

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí? — exclamó Peruggia.

—¡Hum! — rezongó la patrona.

—¿De modo que esas tenemos?

—¿Qué dice usted?

—Nada, hijo, nada. Pero me parece que ese flirt no le conviene a usted por ningún concepto.

Peruggia se sobresaltó, y su rostro se cubrió de un ligero rubor, como si lo hubiesen cogido en flagrante delito.

—Ignoro a qué flirt se refiere usted. Yo no tengo ninguno.

—¿Que no? ¿Entonces qué significa eso de estar asomado al balcón mientras la vecinita se halla en su ventana?

Vincenzo bajó la vista. Le abochornaba que su pupilera le hubiese descubierto.

Más una honda ansiedad que parecía subirle del corazón a la garganta, le impulsó a preguntar con cierta timidez:

—¿La conoce usted?

Hizo la mujer un movimiento de cabeza con el que parecía querer indicar lo irremisiblemente perdido que se hallaba su pupilo.

—Sí, que la conozco — respondió al fin.

Peruggia la miró con angustiada ansiedad.

—¿Quién es? Dígamelo usted, por favor — exclamó.

—Es la nueva criada de la pensión de ahí enfrente.

—¿Una criada?

La exclamación de Vincenzo mostraba toda la estupefacción que le producía lo que acababa de revelarle la vieja patrona.

Una vez más la realidad encargábase de desvanecer las locas lucubraciones de su imaginación exaltada.

La que él había supuesto una gran dama, resultaba ser no más una doncella de servicio, una mujer de su mismo rango.

Pero esta vez el fracaso de su fantasía le alegraba en lugar de entristecerle.

Sabiendo que su vecina era una mujercita del pueblo, más o menos pulida, una esperanza muy dulce nacía en su corazón.

Sin embargo, aun dudaba de que la declaración de la pupilera fuese cierta. Había demasiada gentileza en el cuerpo como en el rostro de la muchacha para que ésta pudiera ser ciertamente una sirvienta.

—¿Está usted segura de que esa señorita es una criada? — preguntó, sin poderse contener.

—Ciertísima.

—¡Cómo va tan elegante!...

—¡Ah, eso sí! En elegancia no hay señora de la aristocracia que la iguale. Por eso precisamente le digo a usted que no le conviene entrar en relaciones con ella.

—No lo he pensado — replicó vivamente Peruggia, enrojeciendo hasta en el blanco de los ojos.

—Mejor — dijo la pupilera, sonriendo ladina, y añadió: — Tiene demasiados pájaros en la cabeza esa niña. Un mal negocio, un mal ne-

gocio para un hombre pobre y honrado.

Y al expresar esto movía la cabeza lentamente de un lado a otro, como manifestando con ello un mal presagio.

Peruggia habíase sentado en el borde de la cama.

Sus ojos miraban al suelo con obstinación, sin ver nada, en tanto que su cerebro iba rumiando las palabras de aquella mujer.

“Un mal negocio para un hombre pobre y honrado!...” ¿Por qué? ¿Por qué?...

—Es la flor de la delicadeza — prosiguió la mujer—. Para hacer sus trabajos lleva guantes en todo momento.

Peruggia la oía como si su voz viniera desde muy lejos, ensimismado como se hallaba en sus meditaciones.

No obstante, logró percibir el significado de unas palabras que fueron como un bálsamo de ilusión que caía sobre su terrible desaliento.

—Lo que no se puede negar es que es guapa. Tiene una carita de madonna. Además, es alegre como un pájaro; todo el día se lo pasa cantando.

Y acercándose a Peruggia le mu-

sitó al oído, como un maravilloso secreto:

—Se llama Matilde.

El muchacho levantó los ojos y premió con una mirada y una sonrisa la preciosa confidencia.

—¡Vaya, vaya! — rezongó la patrona—. Veo que está usted más loco de lo que yo me figuraba.

—¡Señora!... — suplicó Vincenzo.

—Pero qué de extraño tiene? Usted es un hombre joven, y ello es muy natural. Si a su edad no se enamorase de las mujeres, ¿para cuándo lo iba a dear?

—Es que yo no sé si estoy enamorado.

—En cambio a mí me consta que lo está.

Y como antes, se aproximó a él y en su oído dejó caer estas palabras intencionadas:

—Tiene libres los miércoles y suele ir al cine de la esquina.

Y sin querer reparar en el efecto que su informe producía en su huésped, dió media vuelta y desapareció, dejándole envuelto en la nube embriagadora de sus sueños.

—Ah, Gioconda, Gioconda! ¿Sería cierto que habías encarnado en aquella doncella de modesta posición para hacerte asequible a su amor?

Mas ¿querría ser Matilde la compañera de su vida, la que le ayudase a consumar sus locas ambiciones?

Elevó los ojos al cuadro de Mo-

na Lisa, en una muda interrogación.

Y en su sonrisa inefable creyó ver un favorable augurio y una alentadora promesa.

## VI

La pupilera había hablado cueradamente al decir que Matilde tenía demasiados pájaros en la cabeza.

Era la doncellita una muchacha de carácter frívolo y despreocupado.

Su mayor desgracia era la de saberse poseedora de una belleza esplendente.

Por esto no se resignaba con su suerte.

Cuando veía a las grandes damas luciendo ricas toaletas, a veces sobre cuerpos defectuosos y tratando de suplir con ellas los encantos de que carecían, acometíale una honda tristeza; la tristeza de verlas triunfar en la vida sin merecimientos propios, mientras ella tenía que dejar transcurrir su existencia y su belleza dentro del reducido marco de su sociedad y acuciada a todas horas por la penuria.

Otro sentimiento distinto era el que en su ánimo despertaba la presencia de las entretenidas de alto copete. Era una gran admiración hacia ellas por su habilidad en saber elevarse sobre el nivel común de las demás hembras.

Y Matilde dolíase de no tener el arrojo necesario para atreverse a ser igual que ellas y escalar las cimas que éstas conseguían.

Su temperamento era inquieto y tumultuoso.

Dotada de una asombrosa fantasía, todas las novelerías y extravagancias encontraban en ella una admiradora decidida.

En su loca cabecita alentaba las más disparatadas ambiciones.

Le hubiera gustado ser la esposa o la amante de un hombre célebre.

El papel que éste pudiera desempeñar en la comedia de la vida,

poco le importaba. Lo mismo se hubiera decidido por un hombre de ciencia que por un general, un político o un bandido. Lo esencial era que su nombre y su persona gozaren una fama reconocida, y, sobre todo, que fuera capaz de hacer por ella los más heroicos disparates.

Mas ese hombre excepcional nunca llegaba a cruzarse en su vida.

Reducida a ser una simple camarera de pensión con ínfulas de hotel, Matilde acataba con paciencia, mas no con resignación las ironías del destino.

Y su pobre alma esperaba confiada la llegada del libertador que la desembarazase de las cadenas que la ligaban al ambiente y a la vida más vulgares y anodinos.

Pero los personajes con que habíase tropezado en su existencia eran seres incoloros, incapaces de consumar un acto que fuese dos centímetros más allá de su rutina cotidiana.

La persona más importante que llegó a conocer, hallábase en el hotel a la sazón.

Tratábase de un tipo petulante, con aires de don Juan, que era viajante en modas de señora.

Una mañana Matilde acudió a su habitación, llamada por él.

Acababa el huésped de hacerse

la toaleta y llevaba todavía sobre el rostro una bigotera que dábale un aspecto más ridículo aún del que comúnmente solía tener su físico.

—La he mandado llamar — dijo con tono de displicencia — para que vaya usted metiendo todas estas cosas en mis maletas.

Siguiendo la dirección que indicaba la mano de él, descubrió Matilde cinco o seis vestidos femeninos esparcidos por las sillas y demás muebles de la habitación.

Ante el gesto de extrañeza de la chica, aclaró el viajante, mientras se desprendía de la bigotera:

—Son de mi muestrario.

Matilde se sonrió por cortesía y fué a hacer lo que se le había ordenado.

Pero, mujer al fin, y como tal coqueta, al tener en sus manos aquellos vestidos tan lujosos, tan elegantes, no pudo resistir la tentación de probárselos ante el espejo, ajustándoselos con las manos sobre el cuerpo.

Suspiró.

¿Cuándo podría ella tener vestidos así?...

Contemplando el maravilloso efecto que en su tipo esbelto hacía un magnífico vestido de *soirée* de raso blanco, no se dió cuenta de que el viajante, a su espalda, la de-

voraba codiciosamente con la mirada.

Sólo cuando lo tuvo a su lado y le oyó susurrarle al oído unas palabras, dióse cuenta de que él había estado observando.

—Qué vestidos más lindos, ¿verdad? — le dijo.

—¡Oh, mucho! — respondió ella, sonriente.

—¿Te gustaría que fuesen tuyos? — le preguntó él, insinuante.

Matilde pasó por alto el confiandizo tuteo empleado por él para hablarle, y contestó:

—Es una locura. Yo jamás llegaré a tener unos vestidos como éstos.

—¿Por qué no?

—Una muchacha de mi posición social no cuenta con recursos para adquirir prendas tan costosas.

En aquel instante sintió Matilde en su cuello el aliento del huésped,

y un momento después los labios de éste la besaban en un hombro.

Matilde huyó, indignada, a un rincón de la estancia.

El viajante la siguió, y procurando extremar su amabilidad, le dijo:

—Tonta, ¿por qué huyes?

—Haga el favor de retirarse — le conminó ella.

Mas el huésped, en lugar de intimidarse, se acercó aún más, y con voz queda le dijo:

—Eres muy bonita, chiquilla. Y una mujer tan linda como tú puede poseer todos esos vestidos y muchos más, sólo con que ella quiera...

Y atreviéndose a abrazarla por la cintura, dejó caer, como un cebo irresistible, estas palabras:

—Si tú quisieras!...

Matilde se desasió violentamente de sus brazos y escapó de la estancia.

## VII

Cuando llegó el miércoles, Perniggia púsose de punta en blanco y se encaminó al vecino salón de cine.

Iba el hombre hecho un brazo de mar, con su chaqueta oscura y sus pantalones claros.

Un canotier, que merced al poco

uso que de él hacía, habíale servido ya más de una temporada, cubría su cabeza.

Las manos las llevaba embutidas en unos guantes amarillos a los que dos días antes había quitado con bencina las innumerables manchas que "atesoraban".

Oculto en el quicio de una puerla frontera al pequeño cinematógrafo, estuvo esperando la llegada de Matilde, y en cuanto la vió entrar en el salón, la siguió y penetró tras ella.

En la misma fila sentáronse ambos. Mas la timidez que era característica en él, le obligó a guardar entre los dos la prudente distancia de un par de butacas.

La oscuridad debe ejercer sobre los tímidos una influencia decisiva que los torna en audaces. Porque es lo cierto que Peruggia, apenas apagadas las luces, se aventuró a aproximarse una butaca más a Matilde.

El corazón amenazaba salírsele por la boca a fuerza de latir.

¡Oh, qué emoción tan intensa la que experimentaba de saberse tan próximo a la mujer de sus amores! Nunca Peruggia pudo concebir una delicia tan venturosamente angustiosa como aquella.

De reojo contemplaba a Matilde.

Esta seguía con atención las situaciones de la pantalla.

La película que se exhibía podía ser considerada como una venerable reliquia de la cinematografía.

Se trataba de un film de la primitiva época de Max Linder, en el que este célebre actor hacía un derroche de inocentes payasadas, que el público ingenuo acogía con francesas carcajadas.

Matilde no reía; sonreía solamente, con su inquietante sonrisa de Gioconda.

Y Peruggia, que no atendía para nada al film, sino que su mirada y su atención las concentraba íntegras en Matilde, al verla sonreír de aquella manera sintió como una especie de irresistible atracción que le impulsó a levantarse y ocupar el asiento contiguo al de ella.

Iba el joven dispuesto a declararle su pasión, lisa y llanamente, sin ambajes ni rodeos. Mas... ¿cómo atreverse?

En vano se torturaba el cerebro buscando un pretexto para entablar conversación con ella.

Y hubiera dejado escapar aquella ocasión única si la Providencia no viniera en su auxilio en forma de señora de muy alta estatura.

Dicha señora, que llevaba además un sombrero bastante ancho,

acertó a colocarse delante precisamente de Matilde.

La muchacha no podía ver, con aquel obstáculo ante sus ojos, la pantalla, ni, por lo tanto, lo que en ésta ocurría.

Y Vincenzo, haciendo de tripas corazón, aprovechó este contratiempo de la chica para ofrecerle su butaca muy cortésmente.

Matilde agradeció la gentileza con una sonrisa y pasó a ocupar el asiento de Peruggia y éste el de ella.

Creyó el pobre muchacho que con esto habría suficiente para hilvanar un sabroso diálogo entre ambos, mas no fué así, pues Matilde continuó prestando toda su atención a la película.

Entonces él, en un arranque de energía, sacó un cartucho de caramelos y presentándoselo a Matilde le dijo:

—¿Tendrá usted la bondad de aceptar un caramelo?

La chica le miró un momento a la cara, y siempre con su sonrisa feliz, cogió un bombón y murmuró:

—Muchas gracias.

El hielo del silencio quedaba roto.

—Me permite usted que me presente? Me llamo Vincenzo Peruggia — declaró él.

—Tanto gusto.

—El gusto es mío, señorita.

Nerviosamente trató de coger él un caramelo de la bolsita, para disimular su azoramiento.

Pero poco acostumbrado a llevar guantes, le faltaba el tacto necesario, y el paquete rodó por el suelo, desparramándose todo su contenido.

Entre los dos recogieron los caramelos, y este trivial episodio dió lugar a que el diálogo quedase hilvanado.

—¿Es usted extranjero? — preguntó ella.

—Sí; italiano.

La gran corbata de lazo, con apariencias de chalina, que llevaba Peruggia, motivó que ella inquiriese:

—¿Artista?

—Pintor — contestó él, muy serio, como si acabase de decir una gran verdad y tal que si realmente sintiérase orgulloso de poseer la profesión que había declarado.

—Ah! — exclamó ella. Y mirándolo a los ojos, exclamó de súbito: — Yo creo recordar su cara de usted.

—Es posible — replicó él, echándose a temblar, temeroso de que Matilde conociera su verdadera personalidad.

—Vive usted por aquí cerca?

—¡Al contrario! — mintió Vincenzo—. Vivo en el otro extremo de París.

—¿Sí?

—Sí. En el Bois de Boulogne. Allí poseo una villa en la que tengo instalado un taller magnífico.

—¡Ah!...

La calidad de la mentira que acababa de lanzar inmutó por un momento al propio Peruggia. Pero en seguida se rehizo, y continuando por el mismo camino emprendido, declaró:

—Verdaderamente es una casualidad el que yo me encuentre aquí, por estos barrios. Claro está que, como uno se debe al arte, por él hay a veces que realizar verdaderos sacrificios. ¿Comprende usted?

—No mucho.

—Quiero decir que si me hallo ahora en este ambiente, tan distinto del que habitualmente respiro, lo hago contra mi propia voluntad. Sólo me he venido a estudiar tipos y costumbres. Necesito algo nuevo para mi próximo cuadro.

Con maliciosa picardía, interrogó la muchacha, fijos sus hermosos ojos negros en los de él:

—¿Y ha encontrado usted al fin lo que buscaba?

Vincenzo respondióle muy bajito, con intención:

—Creo que sí.

—Pues lo celebro infinito.

—Y yo mucho más. Crea usted que estoy verdaderamente encantado de mi hallazgo. No imaginé jamás que lograse hallar algo que pudiese llenar tan cumplidamente mis deseos.

—¿Y ese algo... lleva faldas?

—¿Qué suspicaz es usted!

—Ja, ja, ja! ¿Ve usted cómo no me he equivocado?

—Pero si yo no he contestado a su pregunta!

—¿Qué importa para que usted se haya delatado a sí mismo! Y dígame, ¿cómo se llama ella?

Peruggia calló, sonriendo.

—Vamos, hombre — insistió ella, coqueteando—, confiése usted a mí. ¿Tan poca confianza le merezco?

—¡No diga usted eso!

—Entonces por qué no quiere usted decirme el nombre de ella?

—¿Cómo quiere usted que se lo diga si aún no lo sé?

—¡Ah! ¿No? ¿Y cómo es eso?

—Pues por la sencilla razón de que todavía no me lo ha dicho usted.

—¡Ja, ja! ¿Yo se lo he de decir?

—Naturalmente!

—Bien. ¿Qué nombre quiere usted que le diga?

—El suyo.

—¿El mío? Matilde.

—Pues Matilde se llama ella. Rió la muchacha francamente, con risa cascabelera.

Y en aquel momento la palabra "Fin" apareció en la pantalla.

Encendiérone las luces y Matil-

de y Vincenzo levantáronse con los rostros sonrientes.

Ella dijo:

—Ha terminado la película cuando nuestra amistad empieza.

Y en animada charla abandonaron al salón.

## VIII

En la calle, él la preguntó:

—¿Le gusta a usted mucho la cinematografía?

—Enormemente.

—¿Y el baile?

—También.

—¿Qué le parecería, pues, si yo la invitase a un tabarín muy típico que durante mis correrías de estos días he descubierto, no muy lejos de aquí?

—Muy bien; encantada.

—Pues vamos allá.

Peruggia la condujo a un baile popular en el que la concurrencia formaba una pintoresca y heterogénea mescolanza de tipos de las más diversas categorías sociales. Allí, junto al obrero y al hortera, apare-

cía el golfo de los barrios bajos; codeándose con busconas y meretrices más o menos disfrazadas, bailaban damas de la alta sociedad, que por pura curiosidad acudían allí, con sus vestidos de *soirée* y acompañadas de caballeros de frac, a la salida del teatro.

A poco de penetrar en el local Matilde y Vincenzo, la orquesta preludió un vals que trajo al alma del joven el dulce recuerdo de la noche en que ella se le apareció, radiante de hermosura, en el marco de la ventana, sonriendo como Mona Lisa. Era la misma canción que ella cantara en aquella ocasión, acompañándose de su propio laúd.

—¿Conoce usted esto? — preguntó Matilde.

—Efectivamente, lo conozco.

—Yo creía que estas cosas tan del pueblo no llegaban hasta el *Bois de Boulogne*.

—Las manifestaciones del alma popular, llegan a todas partes, señorita. ¿Bailamos?

Salieron a la pista, en la que a duras penas podían moverse las parejas.

El público coreaba la composición, constituido en un improvisado orfeón:

*Alicia es la lavandera más bonita de París, que por fin ha hallado el hombre con el cual será feliz. Es él un tímido cabo de esta alegre guarnición, y al verlo tan apocado canta Alicia esta canción. ¡Pobre cabo del regimiento! ¿Qué sabes tú del amor, si nunca has gustado un beso de unos labios en flor? Para eso es necesario que nos hallemos los dos solos en medio del campo cantando a la luz del sol. Las fortalezas se rinden si las atacan con tiento.*

*¡Y yo soy una fortaleza!*  
*¡Pobre cabo del regimiento!*

—Es bonita, ¿verdad? — inquirió Matilde.

—Muy bonita — repuso él — Su melodía irá siempre unida al recuerdo de una mujer.

Frunció Matilde el hocico, fingiendo disgusto.

—Irá unido — prosiguió él — a tu recuerdo.

Descansando su linda cabecita en el pecho de él, Matilde iba devanando dorados ensueños.

Veía al “pintor” triunfando en todas partes con su arte. Y a su lado ella, compartiendo su éxito y recibiendo la adoración del orbe entero.

Salieron del baile mutuamente enlazados por la cintura, como dos amantes.

Cenaron alegremente en un restaurante.

Y luego, dichosos, subieron hasta la buhardilla donde él vivía.

Matilde dejábäse arrastrar por el ilusionado muchacho a todos los sitios que éste quería. Hallábase como embriagada de alegría. Tan turbada, que apenas reconocía el barrio por donde él la llevaba.

Sólo al encontrarse en la entrada de la casa de él, Matilde exclamó:

—Esta casa no me parece desconocida.

—¡Imposible! — replicó Vincenzo con rapidez.

Y empujándola suavemente la obligó a penetrar en la vivienda.

Encendió la luz. Y Matilde contempló con decepción el pobre espectáculo de la habitación del supuesto pintor.

Notó él el efecto que en la muchacha produjo la vista de aquellas paredes destartaladas y de aquellos muebles desvencijados, y para corregirlo, mintió:

—Esta es la habitación que he alquilado mientras voy documentándome en los tipos y costumbres de este barrio tan pintoresco.

Y agregó, con petulante entonación:

—Oh, qué contraste el que ofrece este cuchitril con mi hermoso taller del *Bois*!

La duda había hecho presa, no obstante, en el ánimo de la joven. Sus delirios de grandeza iban desmoronando poco a poco al soplo de la realidad cruel.

Y la figura de Vincenzo se achicaba a sus ojos después de ver su penuria.

Sintió compasión, una compasión muy tierna que quizá entrañase otro sentimiento más profundo, por

aquel muchacho bueno y soñador que demostraba profesarse un amor inmenso, exento de toda intención inconfesable.

La pregunta afluyó débilmente a sus labios, como si con ella temiera herir el amor propio de Peruggia:

—¿Eres ciertamente un artista?

—Naturalmente. ¿Es que no lo crees?

—Sí; pero, dime: ¿cuánto ganas al mes?

Una viva angustia le subió a Peruggia a la garganta. En sus románticos sueños jamás se aventuró a suponer que una cuestión tan vil y execrable como la del dinero pudiera interesar a la mujer a quien amase.

—No era suficiente su amor, tan grande y tan fervoroso como no llegaría ella a encontrar en el corazón de ningún otro hombre?

Intimidado, respondió:

—Gano lo bastante para nosotros dos, Matilde. Pero la felicidad no se adquiere con dinero. ¿Qué podría importar que yo fuera pobre si en cambio te ofrezco el tesoro de mi pasión, que es inagotable?

Ella movió la cabeza dubitativamente.

Cogiéndole cariñosamente ambas

manos, él prosiguió diciendo apasionadamente:

—No dudes de mí, nena. Con mi amor tendrás todo lo que a tu capricho se le antoje. Tú me infundirás el arrojo y la fe necesarios y yo conquistaré el universo para ti.

Desasiéndose suavemente de él, trató de esquivar aquella situación que tan grande fondo de amargura tenía para ella. Y a tal objeto se aproximó a la cabecera del lecho de Vincenzo y contempló el cuadro que sobre ella existía, clavado en la pared.

—¿Quién es esta mujer? — preguntó.

—Es la Gioconda.

Matilde miró al joven, sin comprender.

Y dijo unas palabras que denotaron su terrible ignorancia respecto a las cosas del arte.

—¿La Gioconda? ¡Bah! No la conozco. ¿Es quizá también una criada?

Peruggia la miró con lástima.

—No, Matilde. La Gioconda no es ninguna criada.

—¿Pues qué es?

—La Gioconda — dijo él, poniendo en sus frases un dejo nostálgico — era una rica dama florentina que quiso que el pintor más grande de la creación, Leonardo de

Vinci, la hiciera su retrato. Y el artista se prendió de tal manera de ella que tardó cuatro años en terminar su obra, pues con objeto de tener siempre a Mona Lisa a su lado, destruía por las noches lo que durante el día había pintado.

Matilde se encogió de hombros, indiferente ante aquella historia de amores, demasiado plácidos para que pudieran interesar su ánimo. Todo lo que no fuera tumultuoso y estridente, no conseguía hallar eco en su sensibilidad.

—¿Y por qué tienes su cuadro encima de tu cama? — fué todo lo que se le ocurrió como comentario.

—¡Porque se parece a ti, Matilde! — arguyó él, trémulo de pasión.

Las carcajadas de ella atronaron la reducida pieza.

—¡Qué cosas dices! ¿A quién se le ocurre que esa mujer pueda parecerseme?

—A mí se me ocurre.

—Porque tú estás loco. ¡Yo soy mucho más bonita!

—¡Sí que lo eres! ¡Tú eres aún más hermosa que la Gioconda, Matilde! ¡Mi Matilde!

—¡Vamos, hombre! Decir que ella y yo nos parecemos. ¡Ja, ja, ja!

Riendo como una loca, se dirigió a abrir las puertas del balcón. Ha-

cía calor, mucho calor en la habitación.

Mas Vincenzo se precipitó rápidamente tras ella, dispuesto a impedir que realizase su propósito.

—¡No abras!

La advertencia fué tardía. Matilde acababa de poner de par en par los viejos postigos, y con ello sus ilusiones terminaron de desvanecerse. Frente por frente de aquel balcón, a una distancia de unos seis metros, hallábase la ventana de su modesto cuartito de la pensión.

—¡Ah, era por esto por lo que no querías que abriese!

Retrocedió con desaliento, y encarándose con el pobre Vincenzo, que había quedado como anonadado al verse totalmente descubierto, le pidió:

—Dime la verdad, amigo mío. ¿Qué eres tú?

Y Peruggia, que poco antes había tejido toda una serie de false-

dades con un desparpajo asombroso en él, sólo para atraerla hacia su corazón, no supo en esta ocasión mentir.

—Fontanero y cristalero — declaró.

—¿Y cuánto ganas?

—Ocho francos diarios.

Matilde hizo una mueca de compasión.

—Es muy poca cosa para poder vivir los dos, *mon petit*.

Y dando un suspiró cogió su sombrero y se dispuso a marchar.

En el quicio de la puerta, extremando inconscientemente su残酷 para con el pobre muchacho, canturreó dos versos de la canción que habían escuchado en el modesto dancing:

*porque al fin ha hallado el hombre con el cual será feliz.*

Y al cerrar la puerta tras ella, prorrumpió en estruendosas carcajadas.

## IX

Peruggia quedó como petrificado. Se le encima y amenazaba con aplastarle.

Había no más empezado a amar y ya comenzaba a sufrir.

De pronto, como acometido de un ataque de locura, se precipitó al balcón y atisbó en la oscuridad de la noche.

Aun acertó a verla salir de su casa y encaminarse a la de enfrente, donde hallábase instalada la pensión.

Y movido al impulso de una extraña idea que habíasele metido en el cerebro, se descolgó por el balcón, y corriendo por los aleros de los tejados, llegó hasta la ventana de ella y lindamente se introdujo en su habitación, quedando sentado en el repecho de aquélla.

Cuando Matilde entró y encendió la luz, dió un grito de terror al descubrir un hombre en su alcoba. Mas al instante reconoció a Vincenzo.

—¡Tú! — exclamó, asombrada.

Peruggia, con los brazos cruzados y serio el semblante, asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Cómo has venido hasta aquí?

— preguntó Matilde.

Avanzó él hacia la muchacha y le habló, enérgico:

—Escúchame, Matilde. He venido a tu cuarto sólo con la intención de hacerte una pregunta. Quiero que me digas qué ha de ser en este

mundo el hombre que logre conquistar su cariño.

Ella sonrió con displicencia.

—¿Nada más que eso?

—Nada más.

—Pues mira, el hombre a quien yo tenga que querer ha de ser el hombre que haga méritos para lograr mi amor. ¿Tú ves ese retrato?

Y mostró el de un hombre célebre, clavado con cuatro chinches a la pared.

—Pues bien — prosiguió —, yo quiero un hombre así o uno así.

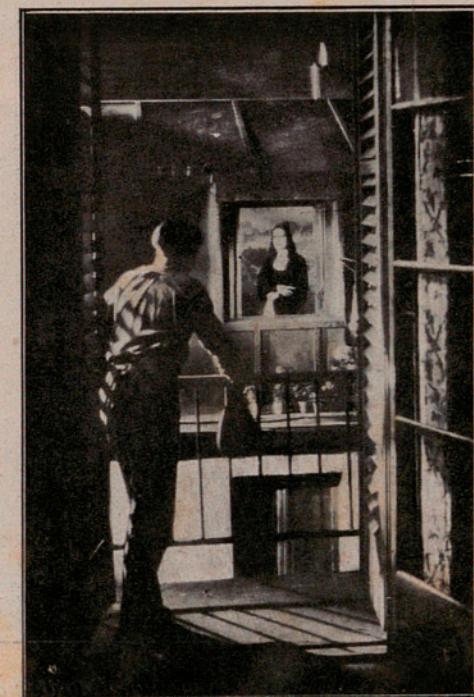
Su dedo señalaba unos cuadernos de aventuras, desparramados sobre su cama, y en los cuales destacaba la efígie y el nombre de Arsène Lupin, el ladrón creado por la fantasía de Maurice Leblanc.

Y ante la estupefacción de Peruggia, que no acertaba a comprender, Matilde fué más explícita.

—Ha de ser un hombre que haga algo muy grande, algo que no hayan hecho los demás, algo verdaderamente extraordinario. Y sólo por mí y para mí. Lo que ese "algo" pueda ser poco me importa; lo mismo me da que sea una obra buena que un hecho criminal. Lo esencial es que lo que haga para mí y ante todo el mundo proclame que por mí lo ha hecho. De modo que ya sabes qué



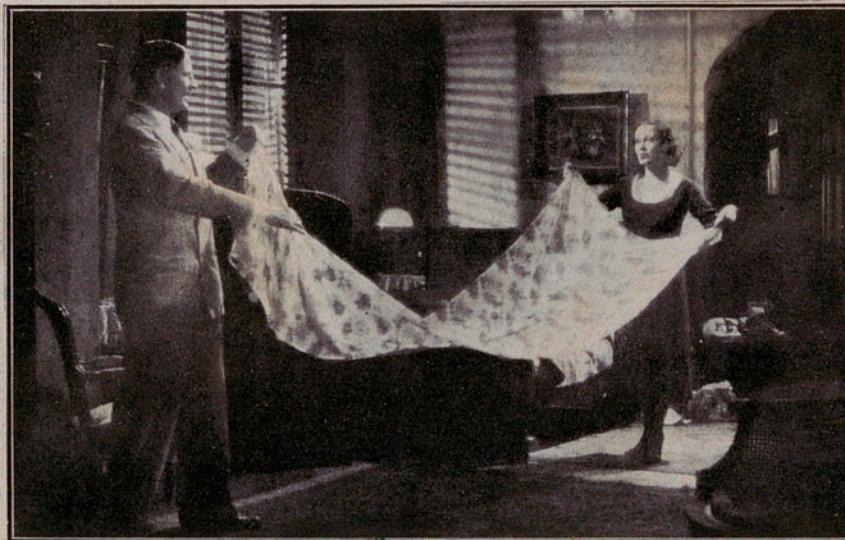
... y en honor a Mona Lisa comenzó a tocar...



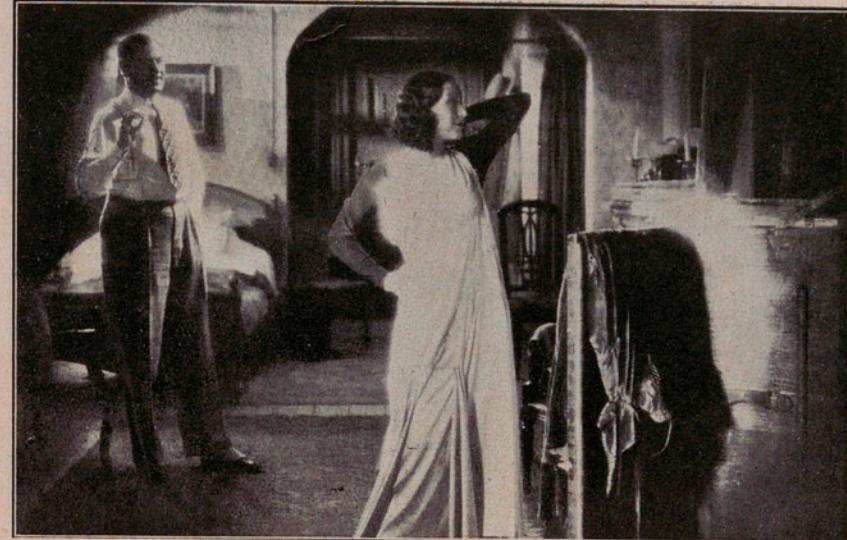
Y no bien se asomó al exterior experimentó un tan extraordinario estupor, que un grito quedó ahogado en su garganta.



*... la propia Mona Lisa en la misma «pose» del cuadro inmortal...*



*Una mañana Matilde acudió a su habitación...*



*... no pudo resistir la tentación de probárselos ante el espejo...*



*—Eres muy bonita, chiquilla.*



*—¡Si tú quisieras!...*



*—¿Tendría usted la bondad de aceptar un caramelo?*



*—Es bonita ¿verdad?...*



*—Esta casa no me parece des-conocida.*



*—¡No abras!*



*—¡Matilde!*



*—Dispense usted. ¿Puede decirme qué hora es?*



*—¡Matilde no me hagas sufrir de este modo!*

## EL ROBO DE LA MONNA LISA



*Mas aquel rostro no era ya el mismo que él había conocido.*



*—Pues bien, voy a hablar.*

clase de hombre es el que puede aspirar a mi amor.

Con la cabeza baja la había escuchado Peruggia. Al terminar de hablar, ella se le aproximó, y poniéndole amistosamente la mano sobre un hombro, le dijo:

—Ahora vete, amigo mío. Estoy muy cansada; necesito dormir.

Sin decir una palabra, Vincenzo

se encaminó de nuevo a la ventana, para regresar por donde había venido, pero ella, afectuosamente, le indicó:

—Es más cómodo por la puerta.

Y cuando él hubo desaparecido, en tanto se desnudaba, pensaba en el buen Peruggia, y para sí exclamó:

—¡Pobre muchacho!

## X

A partir de aquel día, el carácter de Peruggia sufrió una honda transformación.

El muchacho alegre y despreocupado, mostrábase ahora taciturno y como obsesionado por una idea que le debía atormentar su cerebro.

Sus compañeros de trabajo, y sobre todo la dueña del establecimiento en que él prestaba su oficio, inquietábanse con este hecho extraordinario.

Ella, la Compelle, procuraba inquirir qué era lo que le sucedía, pero el muchacho mostrábase reservado, y cuando el interés y las aten-

ciones de su patrona se hacían más ostensibles, se limitaba a coger la gorra y marcharse del taller.

Esto irritaba a la viuda hasta el punto de proferir delante de Bragell y Cheminade la amenaza de despedir a Peruggia, mas en cuanto volvía a verle, sus iras se apaciguaban y tornaba a ser la hembra obsequiosa y zalamera que siempre había sido para él.

Una mañana en que su zozobra aumentaba por el hecho de no haberse presentado Vincenzo al trabajo, no pudo resistir la tentación de interrogar a sus otros operarios, pa-

ra tratar de averiguar las causas que motivaban la brusca metamorfosis del modo de ser del joven.

Con un certero instinto de mujer enamorada, la Compelle presentía la sombra de otra mujer, interponiéndose entre ella y Peruggia.

Y sólo de pensar esto, la sangre se agitaba furiosa en sus venas, y los celos haciéndole rechinar los dientes con ira.

—¿Qué le ocurre a Peruggia que apenas come, ni bebe, ni trabaja? —preguntó a Cheminade y Bragell.

El primero se encargó de responder a su pregunta diciendo:

—Ese chico está loco perdido. Ahora se le ha metido en la cabeza la idea de ser célebre a toda costa y no parará hasta que se salga con la suya o acabe de mala manera. Figúrese usted que no hace mucho quería alistarse en la Legión Extranjera.

—Pues a mí —intervino Bragell —me dijo que se iba a dedicar a hacer películas.

—Quiere que su nombre sea conocido de todo el mundo. Y estoy seguro de que por aparecer en letras de molde, cometerá un disparate un día u otro.

—Este terminará dando con sus huesos en la cárcel o poniendo el

cuello bajo la cuchilla de la guillotina.

—Sería una lástima —sentenció Cheminade —, porque a buen chico no ha habido hasta ahora quien le gane.

La Compelle salió del taller para no delatar su emoción ante los dos obreros.

Realmente era digno de compasión Peruggia, pues mientras el infeliz incubaba en su cerebro la idea con que pretendía conquistar la celebridad, y con ella el corazón de una mujer, ésta, con su frívolo modo de ser, olvidábase del pobre muchacho para escuchar los cantos de la sirena de la tentación por boca del viajante de modas femeninas, que la prometía convertirla en una gran dama si se avenía a marcharse con él.

Y Matilde, deslumbrada como la alondra con el espejuelo, sentía vacilar su voluntad ante el cúmulo de cosas bellas que él le presentaba en perspectiva. Ya no sería sirvienta por más tiempo, sino que tendría varias criadas para su servicio. Vestiría como una princesa de cuento de hadas, e iría a los teatros y a todas las diversiones que ella quisiera, y sobre todo recorrería países y ciudades que ella jamás había visto.

Aquella mañana, como el industrial que cierra un trato con un cliente, decíale el viajante presumido y conquistador:

—Quedamos en que nos marchamos hoy ¿eh, vidita?

—Pero...

—Nada, tontina. Tú te despides de tu patrón con cualquier excusa. Le dices que la comida es mala y escasa; que hay demasiado trabajo en esta fonda y tú no lo puedes resistir. O bien que los huéspedes te asedian y tú no estás dispuesta a soportar por un momento más sus impertinencias. Cualquier cosa contal de que a la noche puedas estar libre y consigas venir conmigo.

—¡Oh! ¿Y adónde vamos?

—Por de pronto a Colonia, luego a Viena, a Munich, a Berlín... Donde tú quieras.

—Pero en primera clase ¿verdad?

—Por supuesto!

—Y en tren de lujo?

—En tren de lujo.

—Con coche cama?

—Naturalmente: con coche cama.

Matilde se creyó en el caso de hacer una objeción, con graciosa pícardía:

—Pero con departamentos individuales ¿no es eso?

—Claro que sí. ¡No faltaría más! Con departamentos individuales.

Loca de alegría, la linda doncella salió de la habitación del viajante y corrió a la suya.

¡Viajar!

Iba a realizar una de sus ambiciones más caras.

Su belleza triunfaría en todas partes.

Porque ella reconocía que era bella. Y para convencerse una vez más de ello, consultó el espejo del tocador, alegremente.

Y al mirarse en él descubrió, reflejada en su cristal, la presencia de una carta, en el suelo, sobre la cual había pasado sin darse cuenta, al entrar.

Se apresuró a recogerla y a abrirla.

Era un solo plieguecillo, en el que solamente había escritas cuatro líneas que escuetamente decían así:

“Matilde:

Hoy haré algo que nadie ha hecho, por ti.

Vincenzo”.

La lectura de esta misiva la dejó pensativa unos minutos.

Después hizo una mueca de ironía, y la arrojó displicentemente sobre el tocador.

Durante varios días, Peruggia había estado madurando un plan atrevidísimo que, según sus cálculos, serviría para elevar su prestigio a los ojos de Matilde.

La linda camarera habíase convertido para él en el centro del universo. Sin ella ya no comprendía la existencia ni la deseaba siquiera.

Prefería morir a tener que soportar una vida entristecida por el dolor de su desengaño.

Pero Vincenzo poseía una plena confianza en sí mismo y en el plan que había concebido, por lo que estaba seguro de que tal caso no tendría ocasión ni motivo para llegar.

La misma mañana en que escribió su carta a Matilde y en la precisa hora que ésta debía encontrarse leyéndola, él se disponía a llevar a la práctica lo que su cerebro había imaginado.

De antemano saboreaba Peruggia la voluptuosidad de que su nombre

fuese propalado a los cuatro vientos por todos los rotativos del mundo.

En pocos momentos, el hecho que intentaba consumar, le conquistaría la celebridad que sólo a fuerza de años, de trabajos y de desvelos, llegan otros a alcanzar.

Vincenzo Peruggia sería un hombre famoso. Y su fama la ofrecía como rico presente a la mujer de sus sueños, quien a cambio de aquélla, le entregaría el tesoro inapreciable de su amor.

Como consecuencia de su situación, presentóse aquella mañana en la cervecería a la que tenía alguna costumbre de concurrir, vestido con una larga y amplia gabardina que en cierto modo constituía su impedimento para ir en el vehículo que en tal ocasión se le había ocurrido a Vincenzo utilizar: una bicicleta.

No era habitual en Peruggia el uso de tal medio de locomoción. Incluso no poseía máquina propia. Pero vójase a saber por qué capricho

aquel día se gastó unas cuantas monedas en alquilar una.

Entró en la cervecería por una puerta de escape que daba a un poco transitado callejón, en el cual dejó la máquina, junto a la pared.

Después de colgar la gabardina de una percha, se encaminó a la terraza del establecimiento, en la fachada principal, mas antes de ganar la calle, avisó a un camarero que pasaba:

—Tráigame un bock de cerveza y un tablero de ajedrez a la mesa en que se sienta el inspector general del Louvre.

El mozo hizo un signo afirmativo, y Vincenzo salió a la terraza.

Allí, sentado junto a un velador en el que había un gran bock de cerveza, encontrábase el viejo inspector general del museo del Louvre, leyendo un periódico.

Vincenzo se aproximó a él y le saludó:

—Buenos días, señor inspector general.

—Buenos días, amigo, buenos días—respondió cachazudamente el anciano.

Sentóse Peruggia frente a él.

—¿Qué, no jugamos una partidita de ajedrez?—preguntó.

—No me es posible—indicó el inspector.

—Recuerde usted que me debe usted todavía la revancha de la otra tarde—insistió Peruggia.

—Sí, sí, ya lo recuerdo. Pero desgraciadamente ahora no tengo tiempo. A las diez he de estar en el Louvre, y vea usted la hora que es.

Mostró un reloj, que señalaba las diez menos cuarto.

—¡Pero hombre! — protestó Peruggia—. No vendrá de unos minutos. Nadie se llevará mientras tanto los cuadros.

—Ya, ya!

En este momento llegó el camarero, trayendo la cerveza y el juego de ajedrez pedidos por Vincenzo.

—Vaya—exclamó éste—, no me desaire usted ahora que tenemos el tablero.

—¡Hum, hum! — refunfuñó el inspector bonachonamente—, usted es el demonio, joven. ¡Qué manera de tentarme!

—¿Qué elige usted, las blancas o las negras?

—No, no; de ninguna manera. Dejémoslo para otro rato. Repito que no dispongo de tiempo.

—¿De veras no quiere usted?

—Es que...

—Ea, para usted las blancas.

—Nada, que no puedo resistir. Está visto que la tentación es más

fuerte que mi voluntad. Vengan esas blancas

—Ahí van. Y ya sé de antemano que tiene usted ganada la partida. Jugando usted blancas, no hay quien le venza.

El buen hombre sonrió halagado en su vanidad de jugador:

—Bueno, bueno. Pero sólo jugaré hasta cinco minutos antes de las diez. A esa hora dejaré la partida tal como se halle, pues a las diez en punto he de estar ya en el Louvre.

—Descuide usted, que llegará a tiempo. De aquí al Louvre sólo hay unos ciento cincuenta metros.

—Sí, sí. Veamos cómo se presenta el juego.

Cuando el inspector general del Louvre se enfascaba en una partida de ajedrez, el ambiente y las cosas que le rodeaban desaparecían para él. En tales momentos la vida toda se concentraba en un tablero de cuadros blancos y negros y todo lo que no fuera las incidencias que sobre éste provocaran unas figuritas de madera al cambiarlas de casilla, no conseguía percibirlo su cerebro.

Peruggia era un inteligente jugador de ajedrez, y por lo tanto las jugadas que realizaba no eran fáciles de resolver ni aun por el mismo

inspector general, veterano en las lides de este juego.

Menos mal que el hombre era caçazudo y no se precipitaba. Antes de realizar un pase lo meditaba tanto, como si se tratase del acto más trascendental de su existencia. Tener un descuido que pudiera implicar la pérdida de la partida, lo consideraba él casi como un acto deshonroso.

Peruggia lo puso en una situación difícil.

—¡Demonio, demonio! — exclamó el anciano, rascándose la barba—. ¡Estoy embotellado!

—A ver, a ver cómo resuelve usted este trance—dijo Peruggia—. El mate a la reina es inminente.

—¡Eh, eh! Poquito a poco, amigo —protestó el inspector—. Déjeme usted que me oriente, y ya verá cómo encuentro solución.

—De acuerdo, tiene usted todo el tiempo que quiera y necesite.

El buen viejo se dió a hacer una serie de cálculos dificilísimos.

Con la vista fija en el tablero y siguiendo con el índice las probables direcciones que pudiera tomar para salvarse del apuro, parecía un general consultando el plano del campo de operaciones, antes de arriesgarse a dar la batalla.

Peruggia contempló con atención

al anciano, y viéndolo tan abstraído sonrió con aire de triunfo.

Después se levantó sigilosamente sin ser observado, como es natural, por su compañero de juego, y penetrando en la cervecería, se puso con precipitación la larga gabardina, salió por la puerta falsa, y montando rápidamente en la bicicleta se trasladó en unos segundos al museo.

Como un visitante cualquiera recorrió diversas galerías, y al llegar a la de los maestros de la pintura italiana renacentista, púsose a pasear por delante del cuadro que inmortalizó a Vinci.

¡Qué hermosa la Gioconda!

Al verla Vincenzo sintió la emoción del que encuentra de nuevo a la amada después de larga ausencia.

Pero el joven procuró dominar sus sentimientos que le hubieran retido allí, profesando al cuadro una muda y amorosa adoración, para dedicarse a espionar las idas y venidas del vigilante y de los visitantes del museo.

Y en un momento en que logró verse solo ante el maravilloso cuadro, realizó el acto más descabellado y atrevido que soñarse pueda.

Agilmente saltó el cordón que servía para mantener al público a prudente distancia de las obras ex-

puestas, y con la habilidad propia de su oficio para desmontar cuadros, descolgó el de la Gioconda, lo arrancó de su marco—el cual escondió entre unas columnas — y ocultando la valiosísima tela bajo la enorme gabardina, volvió al pasillo, y lentamente, como si nada hubiera ocurrido, se encaminó hacia la salida.

Todo había ocurrido en el espacio de treinta segundos. En pleno día, a una hora en que el Louvre comenzaba a hallarse concurrido, Vincenzo Peruggia, un hombre de recta conciencia, incapaz de realizar el menor acto delictivo, había cometido el robo más audaz que imaginarse pueda, por el amor de una mujer.

Como un autómata caminaba por las galerías del Museo.

Había realizado su acción sin miedo, con arrojo, sin pensar siquiera en las graves consecuencias que pudiera reportarle. Mas ahora, una vez cometida, despertaba en él la conciencia de su delito, y un continuo estremecimiento de terror agitaba su cuerpo y una mortal liderez cubría su rostro.

No se atrevía a acelerar el paso por temor a delatarse, y no obstante, sólo ansiaba ganar la calle antes de que el robo fuese conocido.

Tampoco osaba mirar a la gente. Creía que todas las personas que cruzábanse en su camino, habrían de descubrir su falta en su semblante y acusarle de ella.

Ya llegaba a la puerta de la calle.

La calma renació en él al divisar las gruesas verjas de hierro del vestíbulo.

Y cuando ya salvaba los dos escalones que separan el "hall" de las primeras galerías, la sangre se le heló en las venas al ver que un caballero que venía en dirección contraria a la suya, se interponía, sonriente, a su paso, y alzando la mano para indicarle que se detuviera, le decía:

—Un momento, señor!

Peruggia, más muerto que vivo, hizose el desentendido y trató de seguir su camino.

Mas el caballero en cuestión, insistió, cortándole el paso:

—Señor, un momento, si me hace el favor.

Vincenzo detuvo en seco su andar. Supuso que todo estaba descubierto y ya no pensó en rebelarse

contra lo irremediable. Entregaría-  
se a aquel policía y que se consumase lo que el destino tuviera dis-  
puesto.

Habló el desconocido, siempre  
sonriente y amable:

—Dispense usted. ¿Puede decirme qué hora es?

Peruggia exhaló un suspiro de alivio. Pero aun tardó en responder.

—Me parece que falta muy poco para las diez—dijo al fin.

—Muchas gracias.

Vincenzo no respondió.

La emoción que este encuentro había producido, acabó de desmorralizarle.

Y sin darse cuenta de que con ello podría despertar sospechas, aceleró cuanto pudo el paso.

El elegante caballero se quedó contemplándolo, absorto ante su extraña actitud.

Mas sin concederle a ésta ninguna importancia, creyendo quizá que se había hallado ante un ser que tuviera perturbadas sus facultades mentales, hizo un gesto de indiferencia y penetró en el museo.

## XII

Del mismo modo que llegara al Louvre, regresó Peruggia a la cervecería. Había estado ausente de ésta sólo cinco minutos.

Colgó la gabardina en dos soportes de la percha, disimulando el retrato de Mona Lisa.

Con idéntico sigilo con que desapareciera de la mesa del inspector, llegóse ahora a ella.

Su aparición fué oportunísima. El anciano inspector, ensimismado en buscar una salida feliz a la embarazosa situación creada por Peruggia con su jugada, no se había dado cuenta de la fuga de éste. Mas he aquí que en aquel preciso instante conseguía dar con la solución del intrincado problema ajedrecístico.

—Ah! — exclamó trinfante—. ¡Ya lo tengo! Vea cómo le doy ma-  
te a la dama y el juego es mío.

—Evidentemente, me ha vencido usted—concedió Peruggia.

—Usted se lo ha buscado con

esa dama—repuso jovial el inspec-  
tor—. ¿A quién se le ocurre, hom-  
bre? Las damas son siempre las res-  
ponsables de todo. Y esa de usted  
le ha perdido.

—¡Bah! ¡Qué importa! Ahora  
me ha vencido usted mi dama, pe-  
ro ya verá usted como en la próxi-  
ma jugada es su dama la que se ha-  
rá perdido irremisiblemente—dijo  
Peruggia con una intención que el  
buen inspector no pudo comprender.

Levantóse el anciano de su asien-  
to.

Dándole unas cariñosas palmadi-  
tas en la espalda, expresó Perug-  
gia:

—Está visto, amigo mío, que es  
usted el jugador más listo que he  
conocido. A usted jamás le pueden  
engaños.

—Y ya ha podido usted compro-  
bar con qué ligereza—replicó, ha-  
llagado en su amor propio el inspec-  
tor, ignorante de la ironía que Pe-  
ruggia ponía en sus palabras. Y

consultando su reloj, añadió—: Ni siquiera un cuarto de hora he necesitado para ganar la partida.

Se despidieron.

Y mientras el inspector se diri-

gía al Louvre todo lo aprisa que los años y el reuma le permitían, Peruggia, con su preciada presa bajo la gabardina, corría en su bicicleta, camino de su casa.

\* \* \*

Una sorpresa extraordinaria esperaba al viejo inspector a su llegada al museo.

Empleados y visitantes agitábanse en una barraúnda infernal. Durante su ausencia había ocurrido un suceso incomprendible y tan gravísimo que revestía caracteres de catástrofe nacional.

¡Había sido robada la Gioconda, la inmortal Mona Lisa, la de sonrisa enigmática!

Si le hubiesen ganado tres partidas seguidas de ajedrez, no habría sufrido un golpe moral tan terrible como el que la produjo el conocimiento de tal noticia.

El infeliz inspector estuvo al borde de sufrir un síncope.

¡Qué horroroso cataclismo!

En perspectiva veía el inspector general toda una serie de calamidades, como consecuencia del robo de Mona Lisa.

En su fuero interno decíase que

si él hubiera estado en el museo un cuarto de hora antes, en lugar de haberse hallado desperdiциando el tiempo en una partida de ajedrez que jamás debió haber jugado, no habría ocurrido semejante desgracia.

Aquellos vigilantes abúlicos, que en cuanto él dejaba de hacer sentir la energía de su autoridad sobre ellos, descuidaban las funciones de su cargo, eran los culpables de lo sucedido.

No se podía ser blando con ellos. De ahora en adelante, se proponía obrar sin contemplaciones. Nada de bondades y sentimentalismos como hasta el presente: disciplina y mano dura.

La dirección del museo y la policía entraron en funciones desde el momento en que el vigilante correspondiente comunicó a sus superiores la tremenda nueva.

Como primera providencia se or-

denó el cierre inmediato de todas las salidas. ¡Que nadie abandonase el Louvre hasta que la policía no acudiese!

Y sobre todo, que nadie se enterrara de nada.

Naturalmente, esto último era un imposible. La voz de alarma había cundido como reguero de pólvora, y la gente, alarmada, se precipitaba corriendo hacia las puertas, temerosa de no saber qué grandes males.

Pero las puertas habíanse cerrado ya y el público quedó dentro del recinto hasta que llegó la policía.

Las diligencias se instruyeron con rapidez extraordinaria.

No hubo medida de seguridad que no se pusiera en práctica.

Se movilizó toda la gendarmería francesa.

Se reforzó la vigilancia en todas las fronteras, puertos y estaciones de ferrocarril.

Ni un solo equipaje de todos los viajeros que circulasen por el interior de la nación o pretendiesen salir de ésta, dejaría de ser registrado.

Se circuló un oficio a todos los establecimientos frenopáticos o de deficientes mentales, para que en el término de veinticuatro horas informasen a la Prefectura general de Policía de París si en los días an-

teriores habíase fugado, o bien dado de alta, algún enfermo que hubiese padecido monomanía por las cosas del arte.

Se hizo detener a todo individuo sospechoso y a aquellos otros que por contar antecedentes policiacos pudieran ser los autores del robo o conocer a éstos.

Telegrafióse a la policía de todo el mundo para que hiciera una redada de ladrones internacionales.

Y por último se invitó a que prestasen declaración a las personas siguientes:

65 visitantes de ambos性os que el martes, 22 de agosto, hasta las diez de la mañana, habían visitado el museo.

25 guardianes de salas, que en el momento en que se suponía ocurrió el hecho, hallábanse prestando servicio.

8 pintores copistas.

3 "cicerones".

9 mujeres a cuyo cargo hallábanse los tocadores del Louvre.

Además, aun cuando en la mañana de autos no estaban presentes en el Louvre, se les tomaría declaración, por si pudieran aportar algún dato de importancia para el esclarecimiento de los hechos, a los empleados de la vidriería Compelle, Louis Cheminade, Henri Bragell y

Vincenzo Peruggia, los cuales en ocasión no lejana, habían manipulado varios cuadros del museo, con objeto de dotarlos de cristales; cuadros entre los cuales encontrábase el de la célebre Gioconda.

Ningún resultado esperábase de esta última diligencia, mas el prefecto general quiso que se apuraran todos los recursos para que la maledicencia popular y las ironías de los periódicos satíricos no se ensañasen en la policía.

Nunca en los centros policíacos habíase desplegado tanta actividad como en aquella mañana del 22 de agosto desplegóse.

A media mañana, el teniente de gendarmes encargado de realizar pesquisas con sus hombres por el interior del Louvre, hizo un gran descubrimiento.

Mejor dicho, se vanaglorió de haber hecho un gran descubrimiento, pues en realidad éste lo verificó un hermoso perro policía negro, afecto a su brigada, el cual halló el marco de la Gioconda entre las dos columnas en que Peruggia había dejado.

Apresuradamente se presentó en el despacho del director, quien se encontraba reunido con los altos jefes de la policía parisienne.

—¡Ya lo tenemos! — entró gritando.

Todos los circunstantes dirigieron hacia él sus miradas con ansiedad.

—¿A quién? ¿Al ladrón? — preguntó el prefecto general.

—No.

—¿El cuadro, entonces?

—Tampoco.

—Pues a quién, diablo, es a quien tiene usted? — exclamó el prefecto, irritado.

—El marco en el que figuraba el cuadro.

—¿El marco? — exclamaron los presentes, llenos de asombro.

Hubo un momento de estupor y de revuelo.

El primero en reaccionar fué el prefecto, quien ordenó:

—Que el marco sea llevado inmediatamente al laboratorio antropométrico, a fin de inspeccionar las impresiones digitales. ¡Ahora sí que daremos con el ladrón! Señores, vamos a ver ese marco.

En tropel se dirigieron todos los reunidos a contemplar el marco, que por el solo hecho de haber contenido el cuadro famoso y contener en aquellos instantes las supuestas huellas digitales del ladrón, adquiría una importancia insospechada a los ojos de aquellas gentes.

Mas ¡oh decepción! cuando llegaron ante el marco en cuestión, encontráronse con que la anhelada pista había desaparecido, ya que el perro que hizo el hallazgo, extre-

mando su celo policial, había llevado su furor contra el ladrón borrrando a lametones todos los signos que éste hubiera podido dejar en el marco.

## XIII

En el fuego de la chimenea, la efigie de la Gioconda iba consumiéndose poco a poco; y Peruggia, sentado en una silla, contemplaba con sonrisa de triunfo la obra devastadora de las llamas.

¿Para qué la quería ya?

Alzóse de su asiento cuando la última llama pasó a convertirse en pavesa y se dirigió hacia su lecho.

¿Para qué la quería ya?, volvió a pensar. ¿Para qué la quería, si allí, encima de la cama, tenía ahora la Gioconda verdadera, la que nació a la inmortalidad del pincel embrujado de Leonardo de Vinci?

Vincenzo la miró extasiado.

¿Por qué la amaría él de aquel modo? Y en realidad, ¿era a ella a quien amaba al profesarse su adoración, o era que veía en ella un

reflejo de la hermosura de Matilde?

¡Matilde! ¡Con qué emoción pensaba en ella!

Por ella había sido cometido el robo más audaz que puede imaginarse; por ella se exponía a ser encarcelado como el criminal más vil, y por ella la gente tendría de recho a señalarlo como un delincuente y a llamarle ladrón...

Pero su amor, que ella le concedería ahora sin ningún regateo, le compensaba de todas las afrentas y humillaciones que pudiera sufrir.

Acariciando bellas fantasías, pasó casi toda la mañana contemplando al mismo tiempo a la maravillosa Gioconda.

De pronto una llamada a la puerta le sobresaltó.

—¿Sería la policía?, pensó.

Y toda su fortaleza de ánimo se desmoronó en un segundo, como castillo de naipes.

Precipitadamente ocultó el cuadro bajo el cobertor de la cama y fué a abrir.

Al ver al personaje que apareció en el umbral, un escalofrío de terror le recorrió todo el cuerpo.

—Hallábase en presencia del caballero del Louvre!

Este, con su sonrisa habitual, le dijo, luego de saludarle con cortesía:

—Usted y yo nos conocemos, ¿no es verdad?

Peruggia negó.

—Vamos, haga usted memoria— insistió el otro—. Usted estaba esta mañana en el Louvre.

—¡No!— exclamó Vincenzo con entereza.

—¡Sí! — afirmó el desconocido en el mismo tono—. Usted estaba allí exactamente entre las diez menos cuarto y las diez.

—¡No es verdad!

—¡Lo es! Usted estuvo situado ante el cuadro de la Gioconda cuando aun estaba éste colgado en el museo.

—¡No!

—Y usted salió del Louvre cuan-

do el cuadro ya no estaba allí, ¿no es eso?

—Repito que no.

—Es inútil que siga usted negando. Usted es el que ha robado la Gioconda.

Frenético, volvió a negar Peruggia.

—Está bien; pero sus negativas no me convencen — declaró el personaje—. Yo quiero que me diga usted dónde tiene el cuadro.

Su mirada se paseó por todo el ámbito de la estancia.

—Yo no tengo el cuadro que usted dice— replicó Peruggia fuera de sí.

Pero ya no podía continuar negando. El desconocido acababa de descubrir las manos de Mona Lisa, que sobresalían del cobertor. En su precipitación, Peruggia no se había cuidado de mirar si el cuadro estaba bien oculto, y su descuido le traicionaba, revelando a aquel hombre su codiciada presa.

De un tirón, puso de manifiesto el recién llegado el retrato de la Gioconda.

—Y ahora, se atrevería usted a continuar negando?— preguntó, con un rictus de ironía.

Vincenzo bajó la cabeza, derrotado.

El extraño visitante le puso una

mano en el hombro, a la vez que deslizaba a su oído estas palabras:

—Ea, las cosas claras! ¿Cuánto quiere usted por el cuadro? Se lo compro.

Peruggia le miró estupefacto.

—Pero... ¿cómo? ¿Usted no es de la policía?

Soltó el otro una carcajada.

—Hombre! Si fuese de la policía, ¿cree usted que yo podría estar a estas horas aquí? No, amigo; de ser policía no habría dado tan pronto con el autor del robo de la Mona Lisa, créame.

—Entonces?

—Esté usted tranquilo. Le visito a usted en nombre de un millonario americano, del cual soy agente. Dicho señor quiere poseer la Gioconda, comprándola, naturalmente, pero la dirección del Louvre ha rechazado mi oferta. Mas como quiera que ahora el dueño de la Gioconda es usted, con usted tengo, por lo tanto, que entenderme para realizar el negocio.

Peruggia, que le escuchaba con un asombro inenarrable, al llegar a este punto de su explicación, dejó negar con la cabeza.

No advirtió o no quiso advertir el caballero el ademán del joven italiano y continuó su proposición:

—El negocio es excelente, de

manera que espero nos pondremos de acuerdo con usted con mucha mayor facilidad que con el Louvre.

Y echando mano a un talonario de cheques, preguntó:

—¿Cuánto pide usted?

Peruggia le miró con compasión.

—No vendo el cuadro — dijo con convicción irrefutable.

Miróle el otro con estupor.

—¿Que no lo vende?

—No, señor.

—Piense usted que la suma que puedo ofrecerle le hará rico en un momento.

—No me interesa.

Creyó el agente del millonario que la actitud de Peruggia era no más una estratagema para conseguir un precio elevado del cuadro, y dijo, con ruda sinceridad:

—Mire, amigo. Puede usted fijar la cantidad que quiera, que no he de andar con regateos de ninguna especie.

—Señor — le advirtió Peruggia en un tono de energía que no admitía duda—, he dicho que no vendo el cuadro, y es por lo tanto inútil que insista usted en sus ofrecimientos.

—¿Es su última palabra?

—Sí. Me quedo con el cuadro. Y le participo que me es igual que me denuncie o no.

—¿Denunciarle? Me guardaré muy bien de hacerlo, pues en tanto esté el cuadro en su poder no pierdo la esperanza de obtenerlo, ¿no es verdad? Puedo esperar.

—Como usted guste. Pero se molestará en vano.

—Es usted incomprendible. ¿Me permitirá que le haga una pregunta?

—Como guste.

—¿Por qué ha robado usted el cuadro, si no lo quiere vender?

Peruggia vaciló antes de contestar.

Por fin dijo:

—Tengo mis motivos particulares.

—¿Motivos particulares?

—Así es.

—¿Y no pueden ser revelados?

Peruggia no respondió. En el umbral acababa de aparecer Matilde.

Al verla, el desconocido se despidió del muchacho.

Peruggia cerró la puerta con llave. Y dirigiéndose hacia Matilde, le cogió cariñosamente las manos y le confesó:

—Oyeme, Matilde; sólo lo he hecho por ti, ¿entienes? ¡Por ti!... ¡Es lo que tú querías! ¡Un hecho grande, único, que nadie habría sido capaz de realizar! ¡Y es por ti,

Matilde mía, que me he atrevido a hacerlo!

Matilde lo miró con indiferencia; con lástima tal vez.

—Sí? — dijo displicente. — Y ¿qué es lo que has hecho por mí?

—¡He robado la Gioconda! ¡Mira!

Y le mostró el célebre cuadro sobre la cama.

Matilde rompió en carcajadas.

—¡Déjate de tonterías, Vincenzo!

—¡Pero!... Dame tu mano y deseame un feliz viaje.

—¡Matilde!

Dime que pensarás en mí; que no me guardas rencor. Tú eres el único amigo de verdad que tengo en este mundo...

Cambiaron de tono sus palabras. Ahora tenían una alegre jovialidad.

—Ya te mandaré una postal de la catedral de Colonia; y cuando regrese a París, mi primera visita será para ti. ¡Oh, qué feliz voy a ser confiándote mis impresiones del viaje!

Peruggia creía que se volvía loco. ¿Dónde estaban las explosiones de alegría que él esperaba de Matilde? ¿Qué se había hecho de las promesas de ésta?

En lugar de admiración por su

hazaña, recibía un irónico desdén y unas palabras conminatorias...

En su tremenda decepción, aun tuvo arrestos para decirle, desesperadamente:

—¡Matilde, no me hagas sufrir de este modo! ¿Es que no es suficiente lo que he hecho para lograr tu amor? ¿No te dice nada ese cuadro, que esta misma mañana estaba aún en el Louvre? Lo he robado por ti, nena; tú me dijiste que sólo querías al hombre que se atreviese a realizar una cosa grande, fuera ésta la que fuera, pero que le conquistara la celebridad a toda costa. Mírala bien, Matilde, mírala y te convencerás de que es la auténtica Gioconda.

Un gesto de fastidio se dibujó en la boca de la muchacha.

—Mira, Vincenzo, acaba ya de una vez con tu locura. ¿Es que no te acuerdas de que la otra vez que estuve aquí ya me enseñaste este cuadro?

El alma le cayó a los pies al infeliz enamorado. ¿Cómo demostrarle a Matilde que el cuadro que ahora tenía sobre la cama era la ma-

ravilla pictórica del gran Leonardo?

—¿Este? — exclamó. — No, éste no. ¡Este es el cuadro verdadero; el cuadro que en estos momentos todo el mundo anda buscando.

Unos golpes en la puerta cortaron su discurso.

Abrió Peruggia y se encontró con un gendarme que le preguntaba:

—¿Vincenzo Peruggia?

—Yo soy — declaró sin vacilar.

—Pues sígame usted a la prefectura.

Regresó Peruggia junto a Matilde, para despedirse de ella.

La joven inquirió con inquietud:

—¿Qué pasa?

—Vienen por mí, Matilde. Pero espérame aquí. Me dejarán libre, porque diré que he robado la Gioconda por ti.

Cordialmente estrechó las manos de ella; aquellas manos delicadas que para no deformarse con el trabajo iban siempre enguantadas, como joyas preservadas en estuches; aquellas manos cuyas caricias ambicionaba el infeliz Peruggia con la misma agonía con que el sediento ansía el agua cristalina.

## XIV

Con enorme presencia de ánimo compareció ante el juez instructor.

Estaba satisfecho del sesgo que tomaban los acontecimientos. Después de la escena sostenida con Matilde, éste era el único medio de llegar a convencerla.

En el destalado despacho del juez, frente por frente de este funcionario, Vincenzo Peruggia disponiérase a confesar toda la verdad. Naturalmente, ello implicaba la recuperación por el Louvre de la Gioconda, mas esto era cosa secundaria ante el amor de Matilde. Un beso, una caricia de ella, bien valían todas las Giocondas habidas y por haber.

El juez, con cara de mal genio, comenzó el interrogatorio:

—¿Vincenzo Peruggia?

—Servidor — respondió el joven. Y antes de que el juez le preguntara, añadió: Lo confieso todo, señor juez.

—¡Bravo! — exclamó éste. Así

llegaremos pronto al final. ¿Estuvo usted esta mañana en una cervecería sita a pocos metros del Louvre?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Y jugó usted una partida de ajedrez con el inspector general del museo?

—En efecto, jugué con él al ajedrez, pero...

—¿Es verdad — le atajó el representante de la justicia — que dicho inspector no abandonó la cervecería durante toda la partida?

—Así fué, sí, señor, pero yo...

La insistencia en hacer objeciones que no le eran preguntadas, irritó al juez, el cual dió un fuerte golpe en la mesa y exclamó furioso:

—Haga usted el favor de limitarse a contestar a lo que se le pregunte, o de lo contrario habrá que imponerle una corrección.

—¡Pero si es que!... — aventuró Vincenzo.

—¡Cállese usted! Si hubiésemos

## EL ROBO DE LA MONNA LISA

de oír todas las majaderías que a los testigos se les ocurre, estaríamos aviados. Diga usted solamente si puede jurar que el inspector general...

—Señor juez — suplicó —, óigame usted, por lo que más quiera.

—He preguntado si lo puede jurar. ¿Sí o no?

—Sí, lo puedo jurar.

El juez se volvió hacia un secretario que junto a sí se hallaba, y dijo:

—La coartada del inspector general queda probada. Anote usted: "Las declaraciones del inspector general del Louvre, coinciden en un todo con las prestadas por su compañero de ajedrez, Vincenzo Peruggia."

El desventurado joven, poseído de una gran excitación nerviosa, daba vueltas y más vueltas a la gorra entre sus manos, esperando la ocasión de poder hablar al juez.

—Puede usted retirarse — le ordenó éste.

—Es que... — insinuó tímidamente —, aun tengo que declarar algo más.

—¿En el asunto de la Gioconda?

—Sí, señor.

—Pues empiece.

Atropelladamente, Vincenzo comenzó a hablar:

—Verá usted. Es cierto que yo he estado jugando al ajedrez esta mañana en la cervecería con el inspector general, pero a las diez menos cuarto.

Al llegar a este punto de la declaración, el teléfono comenzó a sonar, y un funcionario púsose al aparato. Su voz era tan fuerte y hablaba con tal exaltación, que no dejaba oír las palabras de Peruggia.

El del teléfono iba anotando en un block lo que se le transmitía, que a la vez repetía en voz alta para que fuese confirmado o rectificado por la persona que lo comunicaba.

—“Ha sido ofrecido... en Breslau... a la venta en el gran comercio de cuadros... El cuadro no ha sido hallado.” Muy bien, en seguida.

Y levantándose rápido, fué a la mesa del juez, gritando más que diciendo:

—¡El ladrón de la Mona Lisa ha sido cogido cuando quería vender el cuadro!

—¿Qué? — fué la respuesta que salió de todos los labios.

—Ha sido traído desde Breslau aquí, en avión.

—¿Y dónde está ahora?

—En la comisaría.

Peruggia creía estar soñando.

—¿Había oído bien?

—¿Cómo era posible que el ladrón hubiese sido cogido en Breslau, cuando el ladrón era él?

Probablemente existía un error, que había que desvanecer. Y esto solamente él podía hacerlo.

Mas el juez y todos los empleados del juzgado, se disponían a marcharse para conocer al audaz ladrón.

—Pero, señor juez, que yo nece-

sito declarar — exclamó desesperadamente Peruggia.

—Venga usted cualquier otro día. Ahora no es posible — fué la respuesta malhumorada del juez.

—¡No, no! Necesito que sea ahora mismo. Sepa usted que el ladrón de la Gioconda... el ladrón de la Gioconda, ¡soy yo! ¡Yo!

Los gritos de Peruggia cayeron en el vacío.

—Lo habían dejado solo!

## XV

El juez se halló ante un hombre pequeño, un tipo ridículo, con cara y aspecto de bobo.

Al ser preguntado si era él quien había robado la Gioconda, puso un gesto compungido y respondió:

—Desgraciadamente, no!

—Pero usted quería vender el cuadro en Breslau! — le hizo observar el juez.

—Perdone, señor juez. Yo lo he ofrecido solamente, que no es lo mismo que venderlo.

—Pero ¿usted lo tenía?

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo pudo usted ofrecerlo?

—Pues ahí verá usted. Yo quería conocer París y no tenía dinero para el viaje. Entonces se me ocurrió hacerme pasar por el ladrón de la Gioconda y en seguida me metieron en un avión... ¡y aquí me tiene usted!...

La cómica aventura produjo en unos hilaridad, decepción en otros.

Y todos convinieron en que el ladrón debía ser muy ducho en las

malas artes del robo, cuando de tal manera había realizado su acción sin dejar rastro ninguno.

—Desdichados! Cuán lejos se habían de suponer la verdad respecto a la personalidad del autor de tal hecho.

Si les hubieran dicho que el buen Peruggia era el hombre que traía

revuelta a toda la policía de Francia, no lo hubiesen creído.

Y entretanto, el pobre muchacho, que comprometió su libertad para siempre, veía cuán estéril había sido su sacrificio y lloraba la perfidia de su idolatrada Matilde, quien ni siquiera quiso esperar su regreso de la prefectura y desapareció, quizá para siempre, con el jactancioso viajante.

## XVI

Los días pasaban rápidos, mas la expectación que el robo de la Gioconda había despertado en las gentes no decrecía.

Las pesquisas continuaban sin resultado alguno, mas los periódicos procuraban mantener encendido el fuego de la sensación, señalando todas las pistas posibles. Era, como vulgarmente se dice, la comidilla del día aquel suceso.

“¿Dónde está Mona Lisa?”, era la pregunta que, como estribillo, hacíanse unos a otros los habitantes de París.

Sobre tan apasionante motivo, un músico y un poeta hicieron una canción que en breve tiempo adquirió una fantástica popularidad.

Su título era: “¿Por qué sonríes, Mona Lisa?”

Cuando por primera vez la oyó Peruggia, su dulce melodía hizole asomar lágrimas a los ojos. La letra era la nostalgia de su propio corazón, fielmente interpretada por el alma sensitiva de un poeta.

Bien pronto la aprendió Vincenzo.

Y en las noches llenas de calma

de aquel final de estío, el joven soñador, acompañándose de su laúd, hacía la ofrenda de su canción al retrato de Mona Lisa, en el que, ausente Matilde, tal vez para no volver, había concentrado él todos sus amores, quizá no más porque en la hermosa amada de Leonardo creía ver, como siempre, el reflejo de la ingrata Matilde.

*¿Por qué sonríes, Mona Lisa?  
¿Qué misterio encierra tu sonrisa?  
¿Oculta acaso pecados del amor?  
¿O bien disimula un amargo dolor?  
Tu sonrisa es fuente de ideal  
que inspira inquietudes y amores.  
Ella es cual un árbol del bien y del  
[mal,  
que da frutos de alegrías y sinsabos.  
[res.  
¿Por qué sonríes, Mona Lisa?  
¿Qué misterio encierra tu sonrisa?*

La melancolía hacía presa en él de forma tal, que su rostro se iba demacrando, los ojos parecían ir a saltársele de las órbitas, y su cuerpo adelgazaba por momentos.

¡Si al menos hubiera tenido el consuelo de una carta de ella!

Mas desde que se fué, no le lle-

gó noticia alguna. Ignoraba incluso con quién había marchado. Pero su pupilera se encargó de decírselo, echando con ello más amargura al cáliz que constantemente apuraba su alma.

Sin embargo, fué esta misma mujer quien cierta noche, viéndolo tan triste y al borde de la desesperación, se apiadó de él y le indicó una posible solución a sus desgracias.

—Olvídela usted — le dijo—. La pájara se ha marchado y sabe Dios cuándo volverá, si es que vuelve. ¿Sabe usted lo que yo creo que sería lo mejor que podría hacer? Regrese usted a su patria por una temporada y quizá allí encuentre el alivio a su pena, dándola para siempre al olvido.

¡Su patria!

Durante muchos días el nombre de Italia se cernía como una dulce interrogación sobre su cabeza.

¿Tendría razón su patrona?

Al fin, cierto día, decidió probar este bálsamo que se le brindaba como panacea de su desventura, y partió con la Gioconda hacia Italia.

## XVII

Llegó a Florencia, su ciudad natal.

Y una vez allí concibió una idea para romper definitivamente con el pasado. ¡Se desharía de la Gioconda, entregándola a sus paisanos!

Con este objeto escribió una carta al señor Alfredo Geri, anticuario de Florencia, en la que decía así:

*La Gioconda está en mi poder. Hace 400 años que fué pintada en Florencia y aquí permaneció hasta que Napoleón I se la llevó a Francia. Yo la restituiré a Florencia si usted se ofrece a prestarme su colaboración para ello.*

*Un patriota.*

Poco después hablaba por teléfono con el anticuario Geri, y le decía:

—Soy el ladrón de la Gioconda. Acabo de llegar a Florencia y le aviso a usted por si le interesa el cuadro. Lo único que le ruego es que no me delate, pues al menor peligro destruiré el cuadro.

El anticuario preguntó y obtuvo las señas de Peruggia y prometió acudir a la cita de éste, aun cuando en su fuero interno pensaba se trataba de un loco.

Y con este recelo acudió al Hotel Trípoli, en donde Vincenzo se hospedaba.

Realmente, si Peruggia no estaba aún loco, poco tardaría en estarlo.

A la vista de la Gioconda le acometían a veces unos arrebatos histéricos, que acabarían por hacer de él un perturbado.

¡Aquella sonrisa enigmática, que era la sonrisa de ella, de Matilde, le desesperaba! ¿Por qué sonreía así la Gioconda? ¿Se burlaba de él? ¿Era la suya una sonrisa de desprecio, de conmiseración, de ironía?

—¡Termina, termina de sonreír! ¿No ves que vas a volverte loco con tu sonrisa? ¡No quiero que rías más! ¡No quiero!

Y en el paroxismo de su deses-

peración, enarbola el cuadro, frenético, para destrozarlo, contra cualquier mueble.

Mas al ir a consumar esta acción, siempre se hacía un rayito de luz en su cerebro, y su furor tornábase entonces en una gran ternura, y encerraba a la Gioconda donde nadie la pudiera tocar...

La aparición del señor Geri ocurrió breves instantes después de acometerle una de estas crisis.

Peruggia, con el pelo revuelto, descompuesto el semblante, los ojos saltones, confirmó con su aspecto al anticuario el triste concepto que éste formara de él previamente.

¿Había perdido el tiempo?

Mas cuando Vincenzo le mostró la Gioconda, su opinión varió en parte. Es decir, que si se trataba de un loco, por lo menos éste no había mentido.

Peruggia le habló así:

—Le confío a usted la Gioconda. Sé que podría pedir por ella millones, mas por causas que a nadie debo revelar, no quiero hacer con este cuadro ningún negocio. Me doy por satisfecho con que Italia recupere esta joya que el imperialismo francés le arrebató. Sólo pido una pequeña cantidad: lo suficiente para poder marcharme y al mismo tiempo poder comprar algu-

nos pequeños regalos para una mujer. Esto es todo.

El trato quedó hecho. Allí mismo el anticuario le entregó unos cuantos billetes a cambio de la Gioconda.

Pero alguien había que entretanto preparaba la perdición de Peruggia.

Era esta persona el individuo aquel que a raíz del robo de la Gioconda, le propuso a Vincenzo su venta.

Este agente, perseverando en su intención de comprar para el millonario americano la obra cumbre de Leonardo, no había perdido de vista a Peruggia, siguiendo paso a paso su vida y milagros.

Tras él llegó a Florencia y se hospedó en el mismo hotel que Vincenzo.

La casualidad quiso que en el momento en que Geri llegaba a la habitación de Peruggia, él se hallase espiando la puerta de ésta, y, sospechando a lo que iba el anticuario, apenas entró éste en el cuarto, púsose a atisbar y a escuchar por el ojo de la cerradura.

Y al convencerse de que tenía la partida perdida, el despecho prendió en él la llama de la venganza, y corriendo al teléfono denunció a Peruggia a la policía.

## XVIII

El ambiente de Italia, en lugar de traerle consuelo a su alma, la turbaba aún más.

La apacible dulzura de Florencia aumentaba sus nostalgias y melancolías.

¡Hubiera sido allí tan feliz con el amor de su Matilde!

El recuerdo de ella, en vez de borrarse, adquiría más vivos tintes en su cerebro.

No, no; Italia no cumplía la misión para la cual habíala escogido. Allí el corazón tornábase más tierno, más sensitivo, cuando en realidad lo que él necesitaba era que se volviese como la roca, que fuese impenetrable a toda sensación sentimental, que se hiciera egoísta y perverso.

Para ello nada mejor que París. En cuanto regresase a la capital de Francia, emprendería una vida diametralmente opuesta a la que has-

ta entonces había llevado. Buscaría los placeres y los vicios de que son tan pródigas las grandes ciudades y procuraría aturdirse hundiéndose en ellos.

Por eso, apenas recibió de manos del anticuario el puñado de billetes, se dispuso a marchar a París.

¡Y si en París volvía a encontrarla!... ¡Oh, entonces la volvería a amar con toda su alma, y aquel poco de dinero que por su locura había conseguido, para ella sería!

Mas todos sus propósitos se vieron fallidos, ya que al pisar el umbral descubrió a dos sujetos que al parecer le espiaban.

Ni un instante dudó que pudieran ser policías.

Ser detenido ocasionábale ahora un miedo cerval, y en cuanto ganó un poco de terreno a sus seguidores, echó a correr por las calles de Florencia.

La persecución fué accidentada. Buscó refugio en una iglesia, pero hasta allí llegaron los agentes.

Vincenzo, de rodillas, oró fervo-

rosamente, arrepintiéndose con sinceridad de su culpa.

Y cuando terminó la oración, no opuso resistencia alguna a ser apresado.

## XIX

Hasta Alemania ha llegado, impulsada por el éxito, la célebre canción titulada "¿Por qué sonríes, Mona Lisa?"

En la terraza de un hotel de Colonia, bailan al compás de aquella varias parejas.

Sentados a una mesa, tomando el té, se hallan un hombre y una mujer muy bella, elegantemente vestida. El lee un periódico y ella contempla a los que bailan. En los rostros de ambos el hastío pone su señal inconfundible.

De pronto, algo llama la atención de él en el diario.

—¡Hombre! Ya se ha encontrado al ladrón de la Gioconda.

—¿Sí? — responde ella, disiplinadamente.

—Sí, es un italiano. Un tipo cu-

rioso, por cierto, que, a pesar de condenarle todas las pruebas y de haber él declarado su culpabilidad, se obstina, sin embargo, en silenciar la causa por la que cometió su delito. A todas las preguntas que se le hacen a este respecto, calla tenazmente. El proceso se celebrará en Florencia.

—A ver, déjame...

El le alargó el periódico, y al descubrir la joven el nombre del ladrón, su rostro se demudó y su compañero la oyó exclamar:

—¡Oh! ¡Vincenzo Peruggia! ¡El! ¡Y yo que no lo había creído!

—¿Qué es lo que no habías creído tú? ¿Quizá conoces a ese Peruggia?

—¿No he de conocerlo? — replicó ella con voz emocionada—.

—No he de conocerlo, si ha sido por mí por quien ha robado la Gioconda? ¡Por mí, solamente por mí!

El la miró burlón.

—¿Estás loca, Matilde?

—¡He sido una insensata no creyéndole! — prosiguió ella, en el mismo tono patético. — ¡Pobre Vincenzo!

—¡Pero, mujer!...

—¡Soy la mujer por la cual un hombre ha cometido el robo más sensacional del siglo!

El hombre rió con estentóreas carcajadas al oír esto.

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes, imbécil? —

le increpó ella. — ¡Claro, como que tú eres incapaz de hacer una cosa así! ¿Qué has hecho tú por mí, para que te tenga que estar agradecida? Sólo me has comprado unos cuantos sombreros y un par de vestidos...

—Pero no los he robado.

—Pues precisamente por eso no te los puedo agradecer, porque ni siquiera los has robado. Mañana mismo me marchó a Florencia a presenciar el proceso. ¡Ah, Vincenzo! ¡Ese sí que es un hombre!

Y llevándose el pañuelo a los ojos, secó unas lágrimas que pugnaban por salir de ellos.

## XX

El proceso del robo de la Gioconda despertó la curiosidad de todo el mundo.

Florencia entera acudió ante el Palacio de Justicia para conocer la sentencia.

Los cargos que se hacían a Peruggia eran grandes, mas éste no los rechazaba. Únicamente mante-

níase firme en no confesar el motivo que le impulsó a cometer el robo.

El fiscal trataba en vano de que hablase sobre este respecto.

—Vincenzo Peruggia — decía, — su obstinado silencio empeora su situación. Conteste de una vez. — Por qué cometió usted el robo de

la Mona Lisa? Sabemos por la declaración prestada por la patrona de la casa en que usted vivía en París, que usted tenía relaciones amorosas con una mujer. ¿Tiene por ventura algo que ver esta mujer con el robo? ¿Lo cometió usted ciertamente por el amor de una mujer?

Peruggia, sereno, impasible, no abrió la boca para responder a las preguntas del fiscal.

Su mirada paseábbase tranquilamente por la sala donde la vista se celebraba.

De pronto su rostro se contrajo con una expresión de estupor. Entre el público acababa de descubrir una cara para él muy querida no hacía mucho.

Mas aquel rostro no era ya el mismo que él había conocido. Le faltaba el encanto de su ingenuidad, de su dulzura y de su modestia, que habíanse trocado en procacidad, pícardía y lujo escandaloso.

No, Matilde, la Matilde que él había amado con toda su alma, no era aquella muñeca elegante que él veía, sonriéndole con malicia e induciéndole con la mirada a que declarara la verdad.

Por un momento la faz de Mona Lisa se interpuso entre sus ojos y

la cara de la mujer que había llamado su atención.

Y entonces, como si le cayera a los pies una venda que hubiera tenido en los ojos hasta aquel momento, vió que en la boca de Matilde florecía la sonrisa de un modo muy distinto a como en la Gioconda florecía, y movió la cabeza con desaliento.

Tornó el fiscal a invitarle a declarar, y ante la expectación de todos, Peruggia exclamó:

—Pues bien, voy a hablar. Jamás he amado a ninguna mujer, señores jueces. En cambio, siempre he amado al cuadro de Mona Lisa. Y ahora voy a decir el motivo por el cual he robado esa tela maravillosa. ¡Lo hice para vengarme de Napoleón! El fué quien hace más de cien años saqueó todos los museos y colecciones históricas de Italia, y llevóse sus obras al extranjero. Pues bien, yo he querido reparar en parte aquel agravio, recuperando para Italia la obra maestra de Leonardo de Vinci. Sólo esta es la causa por la que hoy me veo en el banquillo.

Y al terminar estas palabras volvió a mirar a la mujer que le hiciera decidirse a inventar esta patraña y la vió morder con rabia la punta de su pañuelo y fulgirle los ojos con destellos de ira...

\* \* \*

Peruggia fué condenado; mas en atención al patriótico motivo que, según su declaración, motivó su delito, su condena se redujo a un año y dos meses de prisión.

Y cuando ahora, nuevamente en París, hace alguna visita al Lou-

vre, siempre se detiene ante el retrato de la Gioconda, la contempla y piensa:

—Verdaderamente, Mona Lisa, sólo por ti debí cometer aquella locura. ¡Ella no la merecía!

Y Mona Lisa sonríe, sonríe...

FIN

### EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

# COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales  
de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.	La copla andaluza.	El impostor.	Los claveles de la Virgen.
El gran desfile.	Los cosacos.	Esposa a medias.	Pereja de baile.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar.	Icaros.	Esclavas de la moda.	Alma libre.
La princesa que supo amar.	El conde de Montecristo.	Petit Café.	Al Capone (Pánico en Chicago).
El coche número 13.	La mujer ligera.	Hay que casar al príncipe.	Mi último amor.
Sin familia.	El pagano de Tahiti.	Inspiración.	Muchachas de uniforme.
Mare Nostrum.	Estrellas dichosas.	El proceso de Mary Dugan.	Marido y mujer.
Nantás, el hombre que se vendió.	La senda del 98.	En cada puerto un amor.	Mata-Hari.
Cobra.	Esto es el cielo.	Marruecos.	Congorila (fuera de serie).
El fin de Montecarlo.	Espojismos.	Conoces a tu mujer?	Carceleras.
Vida bohemia.	Orquídeas salvajes.	El millón.	Erase una vez un vals.
Zazá.	El caballero.	La mujer X.	Hombres en mi vida.
Adiós, juventud!	Egoísmo.	Gente alegre.	Niebla.
El júdío errante.	La máscara del diablo.	Mar de fondo.	Rebeca.
La mujer desnuda.	El pan nuestro de cada día.	La llama sagrada.	Indeseable.
La tía Ramona.	Vieja hidalguita.	La ley del harén.	Tarzán de los monos.
Casanova.	Posesión.	La fruta amarga.	El terror del hampa.
Hotel imperial.	Tentación.	Vidas truncadas.	La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks.
Don Juan, el burlador de Sevilla.	La pecadora.	La fiera del mar.	Chica bien.
Noche nupcial.	El beso.	Tabú.	Recién casados.
El séptimo cielo.	Ella se va a la guerra.	El pasado acusa.	Champ (El campeón).
Beau Geste.	Los hijos de nadie.	Papá piernas largas.	La zarpa del jaguar.
Los vencedores del fuego.	El pescador de perlas.	Trader Horn.	Jica (fuera de serie).
La mariposa de oro.	Santa Isabel de Ceres.	Un yanqui en la corte del rey Arturo.	Los amores de José Mo.
Ben-Hur.	Las dos huérfanas.	El código penal.	El caballero de la noche.
El demonio y la carne.	La canción de la estepa.	La pura verdad.	Arsène Lupin.
La castellana del Líbano.	El precio de un beso.	Maternidad, o el derecho la vida (fuera de serie).	La dama del 13.
La tierra de todos.	La rapsodia del recuerdo.	Carbón (La tragedia de la mina).	Amor en venta.
Trípoli.	Delikatessen.	Estudiantina.	El pecado de Madellón Claudet.
El rey de reyes.	Del mismo barro.	Las peripecias de Skippy.	La casa de los muertos.
La ciudad castigada.	Estrellados.	¡Qué viudita!	Titanes del cielo.
Sangre y arena.	Cuarto de infantería.	El camino de la vida.	El proceso Dreyfus.
Aguilas triunfantes.	Olimpia.	Noches de Viena.	La vida de un gran artista.
El sargento Malacara.	Monsieur Sans-Géne.	Mamá.	El último varón sobre la Tierra.
El capitán Sorrell.	Sombras de gloria.	Eran trece.	Fantomas.
El jardín del edén.	Mamba.	Bésame otra vez.	Violetas imperiales.
La princesa mártir.	Ladrón de amor.	El valiente.	Soy un fugitivo.
Ramona.	Molly (la gran parada).	Prim.	Teresita.
Dos amantes.	De frente.. marchen!	El presidio.	La película de las estrellas Grand Hotel (fuera de serie).
El príncipe estudiante.	El presidio.	Romance.	Hollywood al desnudo.
Ana Karenine.	El gran charco.	El diablo.	Sangre roja.
El destino de la carne.	Tempestad.	Horizontes nuevos.	Emma.
La mujer divina.	El dios del mar.	Ben-Hur (edición popular).	Primavera en otoño.
Alas.	Anne Christie.	Horror a tu madre.	El hijo del destino.
Cuatro hijos.	Sevilla de mis amores.	Ben-Hur.	Ella o ninguna.
El carnaval de Venecia.	Horizontes nuevos.	Horror a su última noche.	El enemigo en la sangre.
El ángel de la calle.	Ben-Hur (edición popular).	Las alegres chicas de Viena.	El azul del cielo.
La última cita.	La incorregible.	Viva la libertad!	El monstruo de la ciudad.
El enemigo.	El malo.	Malvada.	El hombre que se refía del amor.
Amantes.	El pavo real.	El teniente del amor.	Susan Lenox.
Moulin Rouge.	Bajo los techos de París.	Delicioso.	Mercado de mujeres.
La bailarina de la Ope- ra.	Wu-li-chang.	Cielo robado.	Manos culpables.
Ben Alf.	Montecarlo.	Amargo idilio.	La princesa se divierte.
Los cuatro diablos.	Camino del infierno.	Honor entre amantes.	La mano asesina.
Rife, payaso, riel!	Mío serás!	Para alcanzar la luna.	El rey de los gitanos.
Volga, Volga.	Aleluya!	El hombre que asesinó.	El sargento X.
La sinfonía patética.	La mujer que amamos.	Ríndase!	Los seis misteriosos.
Un cierto muchacho.	Al compás de 3/4.	La calle.	Esta edad moderna.
Nostalgia!	La princesa se enamora.	El prófugo.	La novia de Escocia.
La ruta de Singapore.	Amanecer de amor.	Milicia de paz.	Beso al pasar.
La actriz.	El gran desfile (edición popular).	Amores de medianochе.	El mayor amor.
Mister Wu.	Du Barry, mujer de pasión.	Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular).	El expreso fantasma.
Renacer.	La viuda alegre (edición popular).	El demonio y la carne (edición popular).	Al despertar.
El despertar.	Angeles del infierno.	La hermana San Sulpicio.	
Las tres pasiones.	Cuerpo y alma.		
La melodía del amor.			
Cristina, la Holandesa.			
Viva Madrid, que es mi pueblo!			
Sombras blancas.			

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante!

Próximo número:

LA MAGNÍFICA PELÍCULA

La edad de amar

por la bellísima BILLIE DOVE.

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAQUE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Coleccione usted los nuevos  
aciertos de

Ediciones BISTAGNE

## LOS MEJORES FILMS

### EXITOS CINEMATOGRAFICOS

#### NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mary Christians, Hana Stowe, etc.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Paulette Garon.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.

PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.

LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.

EL HACHA JUSTICERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.

CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.

CONDENADO, por Ronald Colman.

MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.

ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.

EL DORADO OESTE, por George O'Brien.

ENTRE DOS FUEGOS, por Jean Bennett y Ben Lyon.

LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.

SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.

TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.

TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.

ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.

AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, etc.

DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.

LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.

NADA MAS QUE UN GIGOLO, por William Haines, Irene Purcell, María Alba, etc.

LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, etc.

LA DAMA AZUL, por Josseline Gael, André Baugé, etc.

AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.

EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman.

CARAS FALSAS, por Lowell Sherman, etc.

Lujosa presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché.

Precio: **50** céntimos

#### NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.

EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.

NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.

LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.

¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.

PÁJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.

LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.

UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.

DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.

EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.

RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.

ABISMOS DE PASIÓN, por Jean Harlow y Walter Byron.

LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakieland, etc.

EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.

EL HOMBRE QUE VOLVIÓ, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.

SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.

EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.

EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.

MÍ CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.

AVVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.

ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.

Inmejorable presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché.

Precio: **50** céntimos

E. B.

Precio: Una peseta